BIBLIOTECA URUGUAYA DE AUTORES CATOLICOS

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

DETRAS DE LOS ANDES

(NOTAS DE UN VIAJE)



EDITORIAL DON BOSCO
MALDONADO 2125 - MONTEVIDEO



D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Raúl Montero Bustamante

DETRAS DE LOS ANDES
Notas de viaje

ESCUELA TIPOGRAFICA
TALLERES DON BOSCO
Montevideo — 1934

PUEDE IMPRIMIRSE

P. LUIS VAULA

Inspector

Montevideo, Octubre 19|1934

NIHIL OBSTAT

P. JOSE MARIA VIDAL

Censor

Villa Colón, Octubre 17|1934

AL QUE LEYERE

La **Editorial Don Bosco** ofrece a sus favorecedores un nuevo libro: **"DETRAS DE LOS ANDES".**

El título es sugestivo, y el nombre del autor nos da la seguridad plena de que tal sugestión entraña una halagüeña realidad.

Firma esta obra **RAUL MONTERO BUSTAMANTE.** Podríamos avalorar esta firma, como con noble ejecutoria, con la enumeración de las distinciones recibidas y los cargos desempeñados por nuestro autor: Miembro Correspondiente de la Academia Española; Antiguo Profesor de la Universidad de Montevideo; Ex - Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay; Miembro Correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana; condecorado por el Gobierno Francés con la Cruz de la Legión de Honor; Ex - Redactor en Jefe del diario católico "El Bien Público" y Ex - Director de "Revista Literaria" y "Vida Moderna"; y, durante más de treinta años, Corresponsal Literario de "La Prensa" de Buenos Aires.

Pero, aun sin estos dictados, condecoraciones y puestos honrosos, **RAUL MONTERO BUSTAMANTE** se hubiera granjeado envidiable nombradía con sus solas publicaciones y con lo mucho que guarda inédito.

Es por don natural, por vocación y por estudio un escritor en toda la fuerza de la palabra. Curioso y perspicaz investigador de lo antiguo, finamente sensible para vibrar con la impresión de lo actual, delicado artífice de la forma, cuanto brota de su pluma enseña, cautiva y deleita.

Un juez tan irrecusable como su padre político Juan Zorrilla de San Martín, al hablarle ponderativamente quien estas líneas escribe de la obra de **RAUL MONTERO BUSTAMANTE,** asintió en estos términos: "Escribe admirablemente, y con facilidad que asombra".

La **EDITORIAL DON BOSCO** agradece, pues, la valiosa colaboración del escritor católico uruguayo, y no duda de que sus lectores han de felicitarla por el verdadero regalo que les brinda en el libro **"DETRAS DE LOS ANDES".**

Montevideo, Octubre de 1934.

1

EL PAIS CUYANO

LA INSULA MENDOCINA

El contacto con el mundo andino comienza en las polvorosas serranías de San Luis, que se hallan perdidas en el desierto pampeano, como ásperos islotes en medio del mar. La pequeña ciudad mediterránea, recostada a la sombra de sus cerros y rodeada de huertos y jardines, abre la puerta del país cuyano, hermano espiritual del mundo chileno.

Estas tierras de Cuyo conservan el sello autóctono y el sabor castizo del coloniaje. La civilización cosmopolita platense no ha podido borrar aquél, ni la huella esencial que dejó allí el conquistador del Pacífico. El océano sin aguas que queda al oriente de los alcores de la ciudad separa y aísla de las regiones atlánticas el núcleo del antiguo país de Cuyo, que aparece en toda su pureza étnica en el hombre que se aproxima silenciosamente al andén para mirar, impasible y melancólico, el convoy que pasa.

Este hombre es de estatura mediana; magro y cetrino; de facciones pequeñas pero acentuadas. Sus

ojos, acostumbrados a recorrer la llanura sin límites, se entornan y huyen la mirada del interlocutor. Se mueve lenta y cadenciosamente, y en todo él se advierte un dejo de fatiga y tristeza, como si la desolada aridez del paisaje le hubiese enfermado el alma. Habla en voz queda, una lengua plañidera, que en el primer momento parece extraña, pero que luego resulta castellano; un castellano modulado, a cuya fonética es preciso habituar el oído.

Frente a este hombre autóctono, que forma un núcleo sociológico homogéneo, se echa de menos el tipo europeo de las ciudades platenses y de la pampa cosmopolita, donde el contingente inmigratorio, llegado de las cinco partes del planeta, ha cubierto y absorbido el sedimento indígena y ha creado las sociedades y las agrupaciones domésticas que pueblan aquella región del Continente.

Las construcciones tienen también carácter peculiar. Desde que se cruza la frontera cuyana desaparecen el ladrillo rojo, los techos de hierro galvanizado, y el tipo trivial de casa de campaña introducido por los maestros de obra italianos. En cambio, surgen en toda su castiza pureza, el adobe, las techumbres de teja de canalón, los soportales sostenidos por columnas de madera, los patios solados, las pardas tapias albardilladas, los setos de espinos o zarza.

Más allá de la ciudad mediterránea está todavía la llanura, la pampa que se tiende hasta la falda de la Cordillera; pero esta llanura que queda al oeste de la sierra de San Luis es más hosca y agresiva. Antes de llegar a los collados de La Paz y a las vegas de Mendoza, hay que cruzar tierras muertas, salpicadas de grandes manchas salitrosas, que son reliquias del

antiguo seno oceánico convertido ahora en inconmensurable erial. En la arcilla sin color arraigan, a veces, grises arbustos, y se retuercen atormentados espinos, que en verano se mueren de sed, quemados por el sol candente y el viento calcinante. Aquí y allá, los espinos se agrupan y forman manchas de achaparrado monte; en las grietas y zanjones abiertos por los arrastres pluviales suele asomar la huella del agua de la lluvia que quedó cautiva en la impermeable entraña. Todo es allí gris: el suelo, la vegetación, la escasa fauna del aire y de la tierra; el mismo cielo toma una vaga entonación parda que en el horizonte baja hasta el "bistre". Sobre esta desolación el sol del verano cae a plomo y pasan gigantescos turbiones de tierra llevados por el sordo viento de la pampa.

Cuando surgen en el horizonte las boscosas tierras de La Paz, el viajero experimenta una sensación de alivio. Son notas azuladas y ténues que luego se oscurecen hasta tomar coloración verdosa. Se diseñan y precisan, poco a poco, las esbeltas siluetas de los álamos y las oscuras masas de los bosques bajos. La vegetación se hace más abundante; la tierra se ennegrece; cantan los pájaros; aparecen las manchas alegres de los viñedos y de los huertos, los campos de sembradío, los rubios trigales, los maizales ondulantes y rumorosos, los montes de árboles frutales, el agua por fin, que corre por las anchas acequias y canta en las pequeñas esclusas abiertas. La fauna del aire se multiplica, y en la tierra, detrás de los sotos, a la orilla de los canales de riego, en los perfumados huertos, debajo de la esplendorosa vegetación, se adivina la vida y se siente el rumorear de numerosas especies animales.

La Paz es un vergel, un oasis en medio del árido y desolado desierto que hay que cruzar todavía en una ancha extensión para penetrar en la ínsula de Mendoza y llegar a la ciudad andina, junto a la Cordillera de los Andes, que cierra el horizonte de norte a sur y hunde en las nubes las cumbres de sus volcanes.

La Cordillera no se alza de la tierra; baja del cielo. Se le mira sin verla entre las nubes altas del horizonte. Se le confunde con las masas de **cumulus** y con los trozos de cielo azul. Los **cumulus** son las cumbres nevadas y los trozos de cielo los flancos violáceos de los cerros. Cuando se advierte que aquéllas son las cimas de los Andes, se tiene la sensación de que las montañas se hallan suspendidas en el aire, gravitando sobre el poniente.

A medida que el tren se acerca, las cimas se precisan y dibujan y las siluetas indecisas de las serranías salen de la trémula niebla que envuelve como un tul el paisaje cordillerano. Del tenue tul van surgiendo con las líneas, las formas, y aparecen entonces, en volumen, los primeros contrafuertes con sus masas achaparradas y densas; más atrás se diseñan los cerros de color acerado sobre el fondo de las grandes montañas en cuyos flancos reverberan los glaciares y las neveras y más atrás aún, las cresterías del macizo central y los picos eternamente blancos de los volcanes y de los montes inaccesibles: el Aconcagua, señor de la Cordillera, el Juncal, el San José, el Maipo, el cono truncado de Tupungato, atalaya inaccesible que domina la cadena que se pierde en el solitario confín austral.

* * *

Mendoza conserva el señorío de su rancio abolengo histórico. Tendida sobre la risueña vega, a los pies de la Cordillera, escondida entre bosques, huertos y viñedos, de lejos, se la adivina más que se la ve arropada en su maravilloso manto de verdura. Al reconstruírse, después del terremoto de 1861, sin abandonar el antiguo solar, se recostó hacia el poniente, como si buscara la protección de la montaña, y trazó su nueva planta con mano pródiga, abriendo amplísimas calles y avenidas con jardines centrales bordeados de palmeras cuyas ramas gigantescas hoy se confunden e interceptan como las nervaduras de los arcos de las bóvedas de crucería.

Es delicioso discurrir por estas maravillosas avenidas a cuya sombra florecen los embalsamados jardines. A uno y a otro lado se tiende la calzada limitada por las rumorosas acequias. Pintorescos puentecillos de piedra conducen a las amplias veredas. A la sombra de los árboles se levantan las tejadas casas de adobe de tipo tropical, huérfanas de arquitectura, pero llenas de espíritu, con sus ventanas a menudo enrejadas, sus hondos zaguanes señoriales y sus primorosos canceles, detrás de los cuales se advierte el patio andaluz, el arriate árabe, el umbroso parral, las floridas enredaderas y los tiestos de rosales, claveles y geranios.

Hay muchas casas modernas construídas con ladrillo y cemento armado, pero casi toda la ciudad está amasada con elementos livianos, capaces de afrontar los remesones de esta tierra en perpetua agitación interior. El adobe, rústico o enjalbegado de cal, las cornisas y cimacios de madera, las techumbres de teja suelta, las puertas lisas y sin en-

samblajes; todo, aparece sumario y elástico, preparado para resistir a los temblores. Estos han dejado huella indeleble en las paredes agrietadas, en los paramentos desconchados, en las molduras caídas, en las tapias derruídas que muestran los pardos panes de adobe desencajados y lavados por las aguas.

La edificación regional está cediendo el puesto a las grandes masas constructivas de gusto moderno. La ciudad se remoza al margen de la tradición castiza y muestra pujos de opulencia. Trazó, primero, sus avenidas, sus plazas y sus parques, y ahora está construyendo grandes edificios públicos y privados. En éstos despunta la opulenta arquitectura burguesa; en aquéllos, la arquitectura burocrática ofrece ya excelentes ejemplares. Son superiores, sin embargo, desde el punto de vista estético, algunos edificios que dejó la crisis de prosperidad que hacia 1888 sacudió a los países de esta región de América, tipos de arquitectura palacial, de gusto clásico, pródigos en partidos amplios y majestuosos a la manera del Palladio.

La avenida San Martín, que corre de norte a sur, parte en dos la ciudad y separa el antiguo casco, destruído en 1861, de la nueva planta trazada después del terremoto. Es un bulevar que, en las horas de animación, con sus tiendas, sus bazares, sus restaurantes y cafés cuyas mesas se extienden sobre las amplias aceras cubiertas con toldos multicolores, su abigarrado público, el denso tráfico de su calzada, su derroche de anuncios y de luz nocturna, transporta a cualquier ciudad europea. En esta avenida ha concentrado Mendoza su aspiración cosmopolita y el gusto por lo exótico que se advierte en las

clases elevadas de la ciudad. Allí reinan todos los refinamientos de la sociedad moderna y el espíritu de impaciente progreso que, muy a menudo, se traduce en sentimiento negativo de tradición y de carácter.

El espíritu tradicional se ha refugiado en las calles fronteras y en el antiguo casco urbano que se reconstruyó, lenta y dolorosamente, sobre las ruinas de la antigua ciudad, dentro del misérrimo tipo de edificación que hoy, casi sin solución de continuidad, se alinea a lo largo de las estrechas callejas.

Es aquélla todavía la ciudad primitiva, trazada en el siglo XVI dentro del perfecto damero colonial que las leyes de Indias tomaron de los municipios romanos, con sus calles rectas tendidas de oriente a poniente y de norte a sur.

Quedan allí como reliquias de pasadas grandezas y testimonio de la catástrofe que arrasó la ciudad, las ruinas de San Agustín y San Francisco, dos templos de tipo jesuítico, construídos con adobe y ladrillo y de cuyas proporciones dan fe las gigantescas pilastras que aun permanecen en pie, sosteniendo, sobre las impostas, el arranque de los quebrantados arcos de resalte de las bóvedas.

En una de ellas se conserva el muro frontero, ancho de dos metros, construído con panes de adobe y argamasa. Dos pilastras del crucero se mantienen casi intactas y muestran el arranque de los arcos torales, el moldurado de la cornisa y la abertura del acceso al púlpito. Aquí y allá se advierten restos y vestigios del paramento enjalbegado de cal, trozos de muro, arranques de bóvedas, aberturas y nichos, todo caído o gravitando sobre el vacío, sujeto aún al endurecido adobe, entre cuyas grietas crecen los cac-

tus y los espinos a la sombra de los sauces y araucarias que pueblan el solar.

Las recias pilastras, despojadas de sus galas, desafían al tiempo y a los temblores y asoman sus calvas cabezas vueltas hacia la vega sonriente como si huyeran la mirada de la hosca cordillera.

* * *

El viajero, en cambio, vuelve la vista a la montaña que cierra la lejanía de las calles tendidas hacia el poniente. La Cordillera atrae y ejerce extraño poder hipnótico. Los ojos se abren desmesuradamente para ver mejor y se desearía tener alas para llegar hasta las blancas cumbres que aparecen detrás de los primeros contrafuertes.

Se cruzan los risueños jardines de la plaza, se asciende por una amplia avenida flanqueada de elegantes palacetes al collado en que remata la ciudad y el viajero se halla entonces en uno de los sitios más hermosos de la tierra. Es aquél el maravilloso parque de Mendoza, que está muellemente recostado a la sombra de la Cordillera de los Andes, bajo la constante mirada del Aconcagua, el Tupungato y el Juncal. Las calles enarenadas se desenvuelven

ta un lago, cercado de rosedales y floridos canteros, refleja en el cristal de sus aguas el incomparable paisaje.

La Cordillera cierra el cuadro como el telón de una fantástica escenografía. Cuando el sol se pone detrás de las últimas cumbres después de vestir los cerros con todos los colores de la gama, las montañas se echan sobre los hombros un manto de púrpura cuyos reflejos incendian las aguas quietas del lago; luego se tornan azules y, poco a poco, sus formas se desvanecen en la noche, como si una mano invisible borrase con un esfumino el panorama.

La noche estival mendocina es maravillosa; las estrellas brillan como luminarias en el cielo insondable poblado de fosforescentes nébulas; la atmósfera es diáfana y profundamente sensible al sonido; el aire quieto y tibio sólo se mueve para envolver los seres y las cosas en cálidas ondas y traer las resonancias de la ciudad mezcladas a los lejanos ecos de la campiña.

El clima invita a la vida a cielo raso: en los patios, en los jardines, en las veredas, en las plazas. Cada cancel es una escena andaluza; cada portal un cuadro evocador de los tiempos patriarcales. Las mujeres más que hablar cantan, y a veces arrullan; acordes de guitarra y fragmentos de lánguidas canciones se diluyen en el aire. Bajo las bóvedas de palmas, aspirando el capitoso aroma de las flores y oyendo el cristalino canto del agua que corre en las acequias, se sueña con las noches del trópico y se olvida la melancólica aridez de la pampa que se acaba de cruzar y la hosquedad de la montaña de piedra que está allí a un paso de los embalsamados jar-

dines.

Una avenida recta que atraviesa el parque lleva al pie del Cerro de la Gloria en cuya cumbre, a trescientos metros de la base, se alza el monumento al Ejército de los Andes, modelado por el escultor uruguayo Juan Ferrari. La ascensión a la luz de la luna es inolvidable. Cuando se escala el cerro por el camino que lo abraza en espiral y la mole de piedra oculta el parque y la ciudad, la agresiva soledad de la Cordillera penetra en el alma del viajero. Se pierde allí el sentido de la distancia y de la proporción; todo aparece a la vez inmediato y remoto y hasta las cosas más pequeñas se tornan inmensas. La luz de la luna da a los cerros siniestro aspecto; el valle aparece como un anfiteatro poblado de monstruos.

Al llegar arriba por la senda excavada en el flanco del cerro, el alma se ensancha poseída por la serenidad infinita de la noche andina. El silencio es augusto; las figuras de bronce del monumento parecen desprenderse de la montaña para emprender una fantástica cabalgata; al frente marcha el Gran Capitán de los Andes en su corcel de guerra, señalando con su brazo el camino de Chile. La luna envuelve a los espectros de bronce en un sudario de luz blanca.

Los ojos se vuelven desde la altura hacia el llano. Abajo, muy lejos, brillan las luces de la ciudad de Mendoza y más allá, el cielo, donde resplandece la Cruz del Sur, se une con la pampa en la ténue línea circular del horizonte.

II

LA CORDILLERA

SOMBRAS AUGUSTAS

Antes de salir el sol comienza el avance hacia la Cordillera, primero a través de risueños viñedos y deliciosos huertos, húmedos todavía del rocío de la noche, luego a través del páramo poblado de cantos rodados y de pequeños cactus espinosos cubiertos de florecillas moradas, desolada planicie volcánica en que hunden sus raíces de piedra las montañas que, como un fantástico telón de fondo, cubren de norte a sur el paisaje.

Aquél es el escenario de los terribles sacudimientos de la Cordillera; el suelo experimenta a menudo súbitos espasmos y pavorosas agitaciones; por él llegó hasta Mendoza, desde el valle de Uspallata, a través de la cadena de los Paramillos, la frenética convulsión de 1861 que destruyó la ciudad y sepultó bajo sus escombros a diez mil seres humanos.

Frente a uno de los desfiladeros de la sierra señalado por un grupo de árboles, hay un terrible lugar que se halla en perpetua agitación subterránea;

de pronto surgen allí misteriosas solfataras, se escuchan sordos ruídos volcánicos, brotan de la tierra volutas de gases sulfurosos y fuentes de agua en ebullición y el suelo se hunde bajo los pies del caminante.

Aquella tierra está también poblada de grandes recuerdos; otro bosquecillo lejano, tendido a lo largo del viejo camino de San Juan y de Chile y orientado hacia el paso de la sierra del Plumerillo, oculta los Tamarindos, el antiguo campamento del general de los Andes donde surgió casi de la nada el Gran Ejército y de donde en 1817 partieron los libertadores de Chile y del Perú. El suelo parece estremecerse todavía ante el pasaje de los escuadrones sagrados.

Por aquel camino regresaron también los que venían huyendo del desastre de Cancha Rayada y, entre ellos, el terrible ejecutor de los hermanos Carrera, cuya trájica historia se evoca todavía con horror en la plaza de Mendoza donde se levantó el siniestro patíbulo que ensombreció la gloria de la victoria de Maipo. Las campanas echadas a vuelo y las dianas del triunfo apagaron el ruido de las descargas fatales, pero no pudieron destruír la simiente maldita que, pocos años después, germinó de nuevo, cuando se erigió otra vez el cadalso para sacrificar, en el mismo sitio y casi en las mismas circunstancias, al último de los Carrera.

El sol, todavía detrás del horizonte pampeano, incendia las cresterías de las cordilleras y hace resplandecer las cimas nevadas. Las cumbres de los montes adquieren tonos encendidos, ora morados, ora bermejos, ora casi purpúreos, mientras las fal-



AL CRISTO DE LOS ANDES

Monumento levantado en el límite chileno - argentino a 3.990 metros de altura

das se envuelven en tules azulados que parecen ascender de los profundos valles y de los hondos desfiladeros llenos de niebla. Los rayos solares irisan los cendales de bruma y la brisa los arrastra hacia las alturas donde se desvanecen o quedan flotando sobre los picachos.

El tren atraviesa el inmenso anfiteatro, salva el río Mendoza y penetra en la región serrana por un abrupto portillo donde la erosión de las aguas de los deshielos ha ensanchado el cauce. La planicie desaparece detrás del formidable zaguán cordillerano y desde aquel momento el mundo plutónico abre sus misterios; es preciso comenzar a trepar los peldaños de la montaña, salvando abismos, oradando cerros y culebreando por la cornisa de piedra suspendida sobre el curso torrentoso del río.

A medida que se avanza, el cajón de piedra del río Mendoza se estrecha y aparecen angostas gargantas y desfiladeros cortados a pico que el tren recorre mediante curvas vertiginosas trazadas sobre el abismo, o penetrando en el seno de la montaña para descubrir luego ante los deslumbrados ojos del viajero nuevos e inesperados paisajes. Maravillosos valles, ora hoscos y agresivos, ora sonrientes y cubiertos de verdes praderas y bosquecillos, se suceden, mientras las montañas parecen evolucionar y girar para mostrar sus flancos. Cuando se asciende, los árboles de los valles se convierten en arbustos, la Cordillera se hace más abrupta, los cerros adquieren gigantescas proporciones y sus siluetas se recortan con mayor nitidez sobre el azul profundo del cielo. Las neveras inmaculadas parecen flotar en la diafanidad de la atmósfera.

Salvado el primer peldaño de dos mil metros se penetra por un estrecho desfiladero en el anfiteatro de Uspallata, lugar sagrado, donde el Gran Ejército se dividió en dos alas para marchar por distintas sendas, caer sobre el valle chileno y ahogar entre ellas al ejército español.

Desde el inmenso valle se domina el vasto paisaje cordillerano. El mundo de las formas adquiere allí variedad infinita y se entrega a los más caprichosos juegos de color. Los cerros semejan, ya fantásticas ciudades, ya engestados castillos, ya inmensas catedrales góticas, ya gigantescos monstruos, ya adquieren humana forma y aparecen como muchedumbre o como solitarias figuras de piedra.

La gama del paisaje es también inagotable y cambiante. La blancura de las cimas baja hasta el gris azulado en los sitios donde asoman, en gigantescos bloques, el mineral de hierro y las masas de sílice y arcilla; el ocre calienta las rocas de carbonato de cal, llega al amarillo del bronce salpicado de manchas pardas y rojas en las masas de sulfuro de hierro y se convierte en oro triunfal en los conglomerados de piritas; pinceladas de cinabrio y de verde varonés se tienden sobre la montañas formadas de materias sulfurosas; trazos bermejos que van hasta el bermellón y el índigo perfilan los macizos donde predominan los óxidos de hierro; planos de profundo verde esmeralda se suceden en los escarpados cortes donde asoma el sulfato de cobre. La nota oscura la ponen las grutas y cavernas, los estrechos desfiladeros donde reina la sombra y los cerros negros que parecen tallados en carbón y sobre cuyo duelo las manchas de nieve aparecen inmaculadas.

Quedan todavía aún más de mil metros de fantástica ascención entre caprichosos cerros y gigantescas montañas coronadas de nieve eterna. El tren sube jadeando, adherido a la empinada senda por los garfios de la cremallera, rodea el cerro de los Penitentes, teoría de figuras de piedra que se pierde en la soledad, cruza frente al cerro de Santa María en cuyas líneas se adivina la silueta de una mujer inclinada sobre el abismo y saluda al misterioso Aconcagua que aparece un instante entre dos montañas, todo vestido de blanco, inmóvil e inmutable en su incomparable grandeza. Es aquel un minuto que todos esperan con ansiedad. El gigante de la Cordillera, cuya cabeza todo lo domina, es, sin embargo, invisible dentro de su reino. Se pasa junto a él sin verlo; inmensas moles de piedra le dan escolta, lo ocultan a la mirada del viajero y lo envuelven en el misterio plutónico. Cuando aparece detrás de una desgarradura del paisaje cordillerano, la mirada ávida quiere retener la imagen; pero la forma se desvanece en seguida como una nube, detrás de los cerros que le hacen eterna guardia.

Se llega así a las altas cimas; sólo falta entonces, o salvar los cuatro mil metros del macizo central sobre el cual se yergue el Cristo de los Andes, o atravesar la gigantesca mole de piedra por el túnel internacional excavado a tres mil doscientos metros de altura en una extensión de tres mil treinta metros.

Este dilema se plantea al viajero en las fragosidades de las Cuevas, última estación argentina, situada a tres mil metros de altura sobre el nivel del mar. Próximo a ella está el antro, la negra boca del túnel que conduce al seno del gigantesco macizo

central, que se eleva como infranqueable muralla y cuyas cresterías acusadas por el azul acerado del cielo, resplandecen heridas por el sol.

Allá adentro espera la tiniebla, la lobreguez húmeda y fría, la angustia del aire enrarecido y envenenado por los gases de la locomotora, el olor sepulcral del túnel, el terror del confinamiento, la terrible cárcel de piedra. Los segundos transcurren allí con lentitud atroz; los minutos parecen horas; se tiene la sensación de que el tiempo se ha detenido y se experimenta un extraño azoramiento. Es un cuarto de hora trágico en que el hombre se siente desprendido del mundo y de la vida y en que el alma suspensa se vuelve a Dios.

Hay quienes huyen de la noche del túnel y se lanzan senda arriba, hacia la cumbre, a cielo descubierto, hollando riscos y desafiando abismos. El peligro de la montaña a plena luz es preferible a la angustia del lóbrego túnel. El fragoso y áspero camino, tendido frente al más grandioso paisaje de la tierra, conduce a la cumbre, al sagrado anfiteatro en cuyo centro, en la misma línea fronteriza, se levanta el Cristo de los Andes. Desde su pedestal de cuatro mil metros la gigantesca imagen de Jesús bendice a las dos naciones con gesto paternal y al proclamar la gloria de Dios en las alturas ofrece el bálsamo de la paz a los hombres de buena voluntad.

Del otro lado está el desolado páramo de la cumbre chilena. Las nevadas cabezas de los Andes se suceden en todas direcciones. Es aquella una muchedumbre cósmica que sobrecoge y deslumbra. La nieve cubre todos los horizontes. Inmensos bloques de montaña dislocada forman fantástico anfiteatro. El

viajero se detiene y el alma queda sobrecogida como cuando nos asomamos al espejo de un telescopio donde se refleja el paisaje lunar. El observador tiene la sensación de que se ha desprendido del planeta y ha arribado a un misterioso mundo interestelar donde reina la inmaculada muerte.

La meseta determina el **divortium aquarum,** el nacimiento de la vertiente argentina y de la vertiginosa vertiente chilena. Las nacientes forman allí pequeños hilos serpeantes y perlados de escarcha que buscan cauce entre los riscos y van cayendo, de peldaño en peldaño, hasta formar pequeños brazos de agua que luego se unen y se convierten en sonantes torrentes.

Cuando el viajero se refugia en el tren, éste avanza al salir del antro, bordea el túmulo donde se hallan sepultados los obreros víctimas del túnel, como en la salida del Simplón y el San Gotardo, se asoma a insondables abismos y se despeña luego por el Portillo en un insensato descenso, sorteando los gigantescos y erizados picachos, oradando la roca, gravitando siempre sobre el precipicio. A uno y otro lado se renueva el panorama, la sucesión infinita de los cerros, las cresterías nevadas, los glaciares y torrenteras, las profundas grietas, las infinitas desgarraduras de la roca madre.

De pronto, entre dos montañas que se abren como bastidores de un gigantesco escenario, aparece, en el fondo de un profundo valle, la laguna del Inca cuyas aguas, luminosamente verdes y espejadas, reflejan la imagen del grandioso paisaje. El panorama invertido y sumergido en las aguas, da a éstas, tal profundidad y misterio, que parecen surgir de su

remoto seno los mitos que hacen de aquel lago u
inquietante enigma. El espejo verde no parece te
ner fondo, como el cielo, y el viajero se inclina
creer que en sus reconditeces puede guardar los má
impenetrables secretos. Los sonidos corren sobre l
tersa superficie líquida, rebotan en los taludes d
piedra de las montañas que se hunden en las agua
y se multiplican en encontrados ecos, como si los ce
rros dialogaran en un desconocido lenguaje. Sólo lo
cóndores y los descendientes del Inca conocen est
extraño idioma.

La misteriosa e insondable laguna queda envue
ta en el mito cordillerano mientras el tren se prepa
ra a dar un verdadero salto en el vacío. Es precis
bajar el gigantesco peldaño, desde cuyo borde, co
tado a pico, se ve en el fondo, a dos mil metro
de profundidad, la estación Juncal y el pequeño ca
serío extendido en el pequeño valle que desde arr
ba parece una caja de juguetes de Nuremberg de
rramada por la mano de un niño. El viejo camino qu
hizo el Grande Ejército para bajar desde la cumbr
hasta el valle trazó, sobre la falda más accesible, la
complicadas vueltas y lacerías que valió a aquel fan
tástico descenso el nombre de Caracoles. Por al
bajaban las recuas y los cargueros al paso tard

Salvado el fragoso zaguán se penetra en la región de los valles feraces. El torrente engrosa sus aguas, calma su violencia, se tiende perezosamente a lo largo de verdes campiñas, forma pequeñas lagunas que reflejan el paisaje, o, detenido por represas primitivas que recuerdan las obras de los pueblos lacustres, se dirige por estrechos canales para animar con su fuerza las instalaciones hidraúlicas de las minas y de los fundos cordilleranos. A medida que se desciende, los "quiscos" que se yerguen como candelabros son sustituídos por frescos bosquecillos y la tierra vegetal se abre generosa a los cultivos. Aparecen luego los grandes árboles y las manchas de bosque. La montaña, siempre grandiosa, domina el paisaje y limita con sus laderas de mineral la alfombra de esmeralda del valle. El aire se vuelve tibio y se embalsama con el perfume del boldo y de los espinos en flor. Los pueblecillos montañeses, recostados en la falda de los cerros, muestran sus pardos tejados y sus blancas casonas.

Por el encantado camino se llega a Santa Rosa de los Andes, histórica ciudad donde se produjo la conjunción del Gran Ejército antes de la batalla de Chacabuco. La pequeña ciudad cordillerana aparece recostada sobre el flanco de un alto cerro, con el carácter castizo de sus achaparradas casonas cubiertas de pardos aleros de teja y envuelta en lujuriosa vegetación. La vida vegetal, estimulada por la deliciosa temperatura y el agua que baja de las montañas y corre por las acequias, toma proporciones tropicales; las pequeñas plantas se convierten en arbustos y los arbustos en árboles. El maíz y el trigo adquieren inusitado desarrollo; los geranios yerguen

sus troncos y florecen a dos o tres metros del suelo; los álamos y cipreses alcanzan gigantesca altura; la flora indígena ofrece también sus grandes ejemplares.

La civilización chilena saluda, por fin, al viajero, y, al abandonar el tren de cremallera que funciona bajo el control extranjero, para tomar el ferrocarril del Estado que une esta ciudad con Santiago, aquél se siente ya penetrado del castizo espíritu del país andino.

* * *

La primera vez que crucé la Cordillera de los Andes, naturalmente vinieron a mi memoria épicos recuerdos; la sombra del general San Martín, con su capote de campaña y su sombrero de hule, me acompañó en el fragoso camino.

Cuando desemboqué en el anfiteatro de Uspallata, el viento helado que venía de las cumbres sonaba como un tambor lejano. Aquel misterioso redoble me recordó el tambor fantasma de la balada de Zedlits, que, con sus manos de esqueleto, bate el parche antes de llegar el día y convoca a los muertos del Grande Ejército para que desfilen frente al espectro del Emperador. Me pareció que aquel tambor tocaba también a generala en el valle y que los soldados del Ejército de los Andes acudían al fatídico llamado. De los desfiladeros y quebradas bajaban a paso de carga los regimientos de cazadores con sus mochilas, sus largos fusiles chisperos y sus caladas bayonetas; los cuerpos de zapadores, con sus picos, palas y barretas; las compañías de artilleros, con

sus blancos correajes y sus carabinas terciadas; la brigada de la maestranza, con sus perchas, calabrotes y aparejos; los escuadrones de gigantescos granaderos, rígidos en sus cabalgaduras, con sus altos morriones y sus sables desnudos empuñados.

Las divisiones evolucionaban como en la "Revista Nocturna" de Raffet y desfilaban frente al Capitán de los Andes levantando en alto las banderas, los estandartes, los guiones, las insignias, los trofeos manchados por la pólvora y desgarrados por la metralla.

La visión, ahuyentada por la realidad y cogida por el viento, se fué luego envuelta en girones de banderas y nubes, y se perdió detrás de las cumbres donde habitan los cóndores.

En la Guardia Vieja me salieron al encuentro la sombra de Lavalle y el trágico espectro del fraile Aldao, con sus vestiduras talares manchadas de sangre, y, por fin, cuando tomé el camino de la cuesta de Chacabuco, el mismo camino que hizo el Ejército Libertador, me pareció que caminaba en medio de un tropel de épicos fantasmas.

He vuelto a cruzar varias veces la Cordillera, y en ella he tropezado siempre con los mismos fantasmas. Pero una tarde de abril en que ascendía con mi hijo mayor el camino de las Cuevas, me salió al paso una sombra desconocida. Era aquella una humilde y venerable sombra. No llevaba arreos de guerra ni la escoltaban soldados. Viajaba solitaria, al tardo paso de su cabalgadura, por la áspera cornisa tallada en la montaña sobre el abismo.

De mañana, mientras cruzábamos los Paramillos, yo había leído estas palabras que escribió Sar-

miento el año 42, proscripto en Chile: "A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la Cordillera de los Andes para despedirse de su hijo antes de descender a la tumba".

En aquella sombra que ascendía penosamente la montaña, yo reconocí a la recia anciana, cuyo retrato, Sarmiento dejó tallado en materia perdurable en sus "Recuerdos de Provincia". Venía, sin duda, de la casa solariega de San Juan, la pequeña casa cuyos adobes pudieron contarse en varas de lienzo tejidas por sus incansables manos. Había dejado el viejo hogar, con su patio sombreado por la higuera centenaria; con su huertecillo rodeado de tapias albardilladas; con su pequeña alberca de aguas cristalinas. Se había despedido de sus hortalizas, de sus naranjos, de su único duraznero, de sus plantas, de sus flores: su rosal morado, su malva fina, sus claveles. Había dado el adiós a sus pájaros, a los patos de la alberca, a las rústicas gallinas que poblaban el corral. Se había arrancado ¡con cuánto dolor! del viejo telar tendido a la sombra de la higuera, después de atar sus pedales y de guardar los husos y la lanzadera de algarrobo pulida por las manos de dos generaciones, y, con sus setenta y seis años a cuestas, sola y confiada en Dios, se había lanzado montaña arriba, desafiando las cumbres eternamente nevadas, para llegar junto al hijo desterrado y darle con su bendición, el último beso y el adiós hasta la Eternidad.

Caminaba la intrépida anciana por la pedregosa senda, con la mirada puesta en las cumbres que le ocultaban la tierra chilena, donde esperaba el ausente, y, a medida que se alejaba aquella sombra, en

vez de empequeñecerse con la distancia, se engrandecía. Y tanto se engrandecía, que, cuando llegó a la cima del más elevado cerro, su silueta, proyectada sobre el cielo, parecía una gigantesca estatua cuyo pedestal fuese toda la montaña.

Aquel fantasma ahuyentó todos los otros gloriosos fantasmas de la Cordillera. Cuando la augusta sombra de la Madre se perdió detrás de las cumbres, sentí que la montaña quedaba despoblada de épicos recuerdos, y proseguí el viaje indiferente, olvidado del hombre del capote de campaña y el sombrero de hule, y sin advertir que iba hollando la senda del Ejército de los Andes.

III

LA CIUDAD CASTIZA

EL ALMA COLONIAL

Se llega a Santiago a media noche. La fatiga del largo viaje, y acaso más que esto, las violentas sensaciones que produce el contacto con el mundo andino, sumen al viajero en un vago estado de azoramiento que hace que se entre casi a tientas en la ciudad arropada en sombra y silencio y que solo se adivine, a la luz lívida de los mecheros, detrás de los cristales del carruaje, la borrosa imagen de un rancio portal, de un balcón esquinero, de un frontón de iglesia, todo bistre y sombrío como un grabado al agua fuerte.

El sol de la mañana que aparece detrás de las cordilleras nevadas disipa la impresión nocturna. La atmósfera es transparente; las lejanías toman tonalidades de acuarela y los planos próximos se ven dorados como los óleos antiguos sobre los cuales se ha extendido una lama da barniz. Santiago surge con sus arneses de gran ciudad: sus calles centrales flanqueadas de altos edificios modernos, sus iglesias,

sus conventos, sus palacios, sus plazas, sus avenidas, su magnífica alameda, sus parques, su curioso cerro urbano y su tráfico intenso. En el fondo de las calles y sobre los tejados de los barrios excéntricos se recortan sobre el cielo las cresterías de las cordilleras.

Cuando se recorren las calles centrales se experimenta la sensación de estar en una de las ciudades del Río de la Plata; pero al observar con intensidad los edificios, los comercios y la muchedumbre que circula, surge la nota diferencial. La multitud ofrece una homogeneidad antropológica que no se halla en las ciudades del Plata. La población es netamente indígena y no ha sufrido la influencia del torrente inmigratorio que arrasó casi con la simiente étnica de las poblaciones platenses. Hay allí dos tipos de origen que aparecen en toda su nitidez primitiva o que se mezclan y confunden: el español con sus rasgos antropológicos modificados por el clima y el medio ambiente y el hombre autóctono que ha sido glorificado en toda su fuerza salvaje en el cerro de Santa Lucía, donde se yergue la figura de bronce del cacique araucano Caupolicán.

Las construcciones, salvo los edificios modernos, no son tampoco las de Buenos Aires y Montevideo. Viniendo del Plata se tropieza por primera vez con el adobe arquitecturado; detrás de los áticos y pretiles los pardos tejados sustituyen a las azoteas y terrazas. Como en Mendoza, se ven, en las fachadas, grietas y fisuras que provienen de los terremotos y temblores y de lo deleznable y frágil de los materiales empleados en la construcción; pero se advierte, sobre todo , un sentimiento constructi-

vo original, especialmente en las mansiones de abolengo patricio, en las que los arquitectos utilizaron los grandes partidos de gusto palacial: amplias fachadas, ricos pórticos, patios interiores con dos órdenes de portales en forma de claustro. Los vastos entrepaños, las ventanas enrejadas, las puertas señoriales, los zaguanes y canceles, los jardines interiores, las escaleras, tienen una expresión local de sabor arcaico. La época colonial ha dejado además, aquí y allá, preciosos ejemplares de arquitectura civil y religiosa y extensos barrios donde se alinean las casonas construídas de adobe y techadas de teja de canalón.

Santiago presume, naturalmente, como todas las capitales sudamericanas, de ciudad moderna y muestra con orgullo, y a justo título, sus rascacielos, sus suntuosos edificios públicos y privados, sus grandes templos, sus hoteles, sus clubs, su Capitolio, sus universidades y escuelas, su Palacio de Bellas Artes, su magnífica alameda flanqueada de mansiones en las que predomina esa confusión de estilos que creó la crisis de progreso que hacia 1888 se extendió por toda América, sus aledaños poblados de suntuosas villas, y, sobre todo, su pintoresco cerro de Santa Lucía, abrupto peñón que se eleva en medio de la ciudad y que ésta ha convertido en parque público aderezándolo dentro del gusto un poco barroco de las **kermeses** alemanas.

Toda esta arquitectura moderna, unida al galopante progreso urbano, ha ahuyentado de los grandes centros el espíritu primitivo de la ciudad y lo ha obligado a refugiarse en las soleadas plazuelas de las iglesias y conventos; en las oscuras recobas y por-

tales; en la sombra que proyectan los balcones volados y los salientes aleros de teja; en los hondos zaguanes de los palacios y casonas; detrás de los canceles y las forjadas rejas que guardan patios y defienden ventanas; en las misteriosas callejas sin salida; en las vetustas barriadas de pardos tejados y enjalbegados adobes.

Allí se conserva todavía el sello hispano árabe que recuerda la estirpe de la ciudad. Para encontrar sus reliquias es preciso recorrerla de oriente a poniente, de norte a sur; perderse en los barrios de San Diego y de ultra Mapocho; en los quietos rincones del Tajamar y de la Recoleta; detenerse a la sombra de tapias y palacios; mirar con intensidad paramentos de piedra o grises fachadas de adobe; escuchar la voz murmurante de las viejas acequias que se van; discurrir bajo los árboles de la Alameda reconstruyendo en la imaginación la antigua Cañada que acariciaba las pardas piedras del Huelen, reflejaba en sus aguas los muros del convento de San Francisco y se tendía en perezosos y sombreados esteros, ofreciendo el fresco de su linfa a los vecinos de la ciudad patriarcal.

* * *

La civilización llegó a Chile por el norte: venía del Perú, y, para alcanzar el valle central, le fué necesario cruzar el altiplano, despeñarse por las hoscas quebradas, salvar torrentes, atravesar el desierto y seguir el curso de tortuosos ríos. La distancia, la Cordillera y el páramo aislaron los nacientes núcleos de civilización, y éste obligado aislamiento

imprimió a aquella sociedad rasgos diferenciales y modalidades propias.

Chile tuvo que bastarse a si mismo. Las ciudades se construyeron con los elementos que el colono halló en el reducido suelo del valle: el **humus** dió el adobe, las solerías y la parda teja; los bosques de la dehesa dieron los rollizos y los horcones de canelo y algarrobo para armar las techumbres; de los cerros extrajeron el alarife y el entallador, la piedra y la arenisca para hacer jambas y dinteles y adornarlos con cimacios y escudos; los rodados del río sirvieron para construír represas y cercas.

El conquistador llevó a los valles chilenos el espíritu y las tradiciones de la España del siglo XVI, la España de los Austrias, del Escorial, de Morales y el Berruguete. Y allí quedó ese espíritu, encerrado en las montañas, inoculado en el nuevo núcleo social, en las aptitudes físicas y morales de la raza, en las ideas, sentimientos y costumbres, en las ciudades austeras y tristes, en las iglesias y conventos, en las casas solares y en las míseras rancherías de adobe.

Ese espíritu fué el que inspiró la característica arquitectura colonial chilena: las recias y áridas fábrica de lisos paramentos; los pórticos flanqueados de pilastras o columnas arquitrabadas y coronadas por severos entablamentos clásicos; los entrepaños grises y amplios interrumpidos por sólidos pilares de cantería; las aberturas simétricas defendidas con rejas forjadas, elementos todos en los que se advierte el sentimiento escurialense, aquel sentimiento recio, místico, austero y tétrico que partía de la cámara real de Felipe y se difundía como un

áspero efluvio sobre la faz de todas las Españas.

Con ese sentimiento también bajó desde la ciudad de los Reyes, por desfiladeros y quebradas, la influencia mudéjar, para animar estas áridas construcciones con los graciosos aleros y balcones volados de esquina, sostenidos por entalladas carreras de tiranterías y defendidos con graciosas persianas; con las columnas de ángulo; con los patios de solería adornados con alicatados arriates; con los techos de alfarje, donde quedó la reminiscencia de los atauriques granadinos.

Todo esto fué simple, recio, primitivo, integralmente español, sin la riqueza de la arquitectura barroca peruana, pero también sin el amaneramiento de la decadencia limeña que, junto al palacio de la Inquisición, levantó, bajo la influencia del gusto borbónico, el Versalles de la Perichola y trazó los galantes jardines del virrey Amat. El soplo francés que entró con Felipe V en España, y luego se difundió por las Indias, rozó apenas los valles chilenos, y cuando llegó a Santiago, tan debilitado estaba y tan español se había tornado, que inspiró las fábricas simples y graves de Santo Domingo, La Moneda y las Cajas Reales, joyas del mejor período de la época de la Restauración.

* * *

La Plaza de Armas es como el corazón de Santiago. Se levanta en ella la noble masa de piedra de la Catedral cuyos sillares adquieren una entonación bermeja al ser heridos por el sol; frontero a ella muestra su clásica fachada el Palacio Arzobispal

que parece trazada por el Palladio. La luz diáfana y azulada que inunda los jardines de la plaza se difunde debajo de los portales que la circundan, detrás de cuya arquería la imaginación busca los muros de la casa fuerte de Valdivia, el fundador de la ciudad. Frente a ella, la Casa Consistorial y el palacio de las antiguas Cajas Reales levantan sus fachadas afrentadas por las restauraciones modernas, pero debajo de las cuales se adivina la engestada severidad del trazado primitivo.

Santiago de Chile tuvo a fines del siglo XVIII un representante típico de las grandes tradiciones escurialenses. Fué el arquitecto italiano Joaquín Toesca, llamado a Chile por el Presidente O'Higgins. En breves años este arquitecto pobló la ciudad de magníficas obras: La Moneda, la Catedral, las Cajas Reales, la Casa Consistorial, la Merced, el palacio de los Tribunales, y aún puso mano en el puente de cal y canto sobre el Mapocho y en los tajamares.

La Catedral, con ser hermosa, no es la mejor de sus obras. Es un gran templo de estilo barroco en el que las nobles líneas clásicas se ven a menudo interrumpidas por el suntuoso y a veces enfático comentario de la ornamentación. El arquitecto, al trazar los planos de la iglesia primada de Chile, buscó enriquecer la enorme fábrica con la agrupación de las masas y la complicación de los elementos decorativos, especialmente en las torres y en el cuerpo central de la fachada. Lo que en Santo Domingo es austeridad y reposo, aquí es riqueza y movimiento, y lo que en el antiguo Palacio de los Tribunales y en la Moneda es desnudez y sobriedad, aquí es opulencia y énfasis. La basílica recobra en

su interior, grandioso y severo, la simplicidad de líneas y la limpieza de estilo que caracterizan las obras de Toesca. Los ricos altares de mármol y los suntuosos mausoleos de los Prelados de Santiago no logran debilitar la impresión de austeridad que produce la magnífica iglesia.

El antiguo palacio de los Tribunales, si no es la obra más rica y hermosa de Toesca, es, tal vez, la que más carácter tiene. Las dos fachadas se han conservado en toda su pureza castiza, con sus dos órdenes de aberturas simétricas, las inferiores cubiertas de robustas rejas forjadas de simple y severo dibujo, las superiores defendidas por volados balcones también de forja. Entre las aberturas, recias pilastras surmontadas de noble y austera proporción, apoyadas en un simple zócalo de resalte, se adhieren al paramento y sostienen un entablamento dórico de líneas puras y acusado clarobscuro. La cornisa se proyecta sobre el cielo, huérfana de ático, con sus elegantes cuerpos avanzados correspondientes a los elementos de cada pilastra. En el ángulo de la esquina las dos pilastras laterales se unen a una media columna empotrada formando con sus fustes, capiteles, metopas y cornisas un bello y robusto cuerpo de arquitectura. El edificio, dentro de su simplicidad, revela el más puro espíritu herreriano.

Tan hermoso como este monumento, aunque concebido dentro de mayores proporciones y desenvuelto con mayor amplitud, es el palacio de la Moneda, trazado hacia 1786. Es una gran fábrica cuadrangular levantada a la manera de los palacios del renacimiento italiano sobre tres frentes y duplicadas las

fachadas sobre dos grandes patios interiores, y en cuya concepción arquitectónica se advierte la misma estructura que en el antiguo Palacio de los Tribunales.

Este grandioso y monumental edificio, construído para sede de la Casa de Moneda del Rey, fué, posteriormente, adaptado para residencia del Jefe del Estado y asiento de las oficinas de gobierno. Tal es su verdadero destino actual, pues la Casa de Moneda ha sido relegada a un cuerpo de la parte posterior del enorme palacio, donde aún se conservan los viejos balancines, malacates y maestranzas de la época colonial.

Levantado este palacio para el servicio del Rey, la independencia lo destinó al de la República y vinculó a él los más gloriosos recuerdos de la Revolución. Buena parte de la historia de Chile se ha elaborado bajo los artesonados del viejo caserón, a cuyo frente se levanta la estatua del Ministro Portales, la víctima inmolada en Quillota.

* * *

La masa bermeja de la iglesia de Nuestro Padre San Francisco aparece en el fondo de la avenida de las Delicias, avanzando el flanco y el frente sobre la ancha calzada y formando con el muro del convento un rincón o plazuela de solería. Desde lejos, parece una iglesia de tipo trivial, con su torre apuntada y su mutilado frontón; pero, de cerca, la fábrica adquiere proporción y armonía, y, ya frente a ella, se siente el influjo del secular monumento. Infelizmente los terremotos y los hombres lo han mu-

tilado y desfigurado y el paramento de piedra de los entrepaños ha desaparecido en muchas partes bajo el irreverente enjalbegado teñido de un color rojizo. En las aristas y en los elementos ornamentales aparece la piedra de color claro.

Toda esta iglesia es de piedra labrada, extraída de los flancos del Huelen. Los muros de cantería tienen hasta dos metros de espesor en la base de la torre. La fachada se ha salvado en sus líneas fundamentales y conserva el sabor que le imprimió el maestro de obras que trazó el engestado frontón, donde se advierte el sentimiento renacentista bastardeado por motivos ornamentales de gusto barroco.

El interior, no obstante las restauraciones, conserva su primitivo carácter y en él predominan la serenidad de los arcos en plena cimbra que forman la estructura de la nave, y la suntuosidad del enmaderado policromo del techo, plano como el de las primitivas iglesias románicas, formado por carreras de tirantes apoyados en tres órdenes de entalladas ménsulas que se superponen saliendo del muro. Todo es allí brillante: el blanco paramento, las maderas entalladas y estofadas con oro y colores vivos. La luz desciende de una linterna circular abierta en el techo sobre el presbiterio, y de las ventanas vidriadas que caen sobre el frente y los muros laterales. En el retablo del altar mayor se conserva la imagen de Nuestra Señora del Socorro, que Valdivia trajo consigo del Cuzco para que le acompañase en la conquista de Chile. Es una imagen vestida cuyo rostro se advierte apenas debajo de la profusa cabellera y entre las estofas y alhajas que la envuelven.

Todo es en esta iglesia simple y bello. El espíritu herreriano trasciende de la piedra a través de los agregados y postizos y de las restauraciones bastardas. La fábrica pertenece al siglo XVI y es un producto típico de la época y del medio ambiente en que fué erigida. Comenzada en 1572, cuando los Padres de San Francisco abandonaron el cenobio del Huelen donde estuvo la primitiva ermita, quedó terminada en 1618. En el tránsito del convento frontero al muro de la iglesia se lee este arcaico epitafio: "Colocóse el Santísimo Sacramento en los dos tercios de ella que se acabaron día de San Lino, Papa, en 23 de Septiembre del año 1597. Acabóse de todo punto dicha iglesia el Año 1618".

Junto a la iglesia está el convento, cuya añeja portería se abre sobre la plazuela. El claustro se mantiene austero con su arquería en plena cimbra apoyada en achaparradas columnas toscanas. Sobre los tránsitos corren galerías cubiertas de parda teja. Un florido jardín lleno de sol, de árboles y pájaros, pone una nota de intensa poesía en aquel claustro que parece tocado por una intención mudéjar. De los muros cuelgan antiguos lienzos con bizarras leyendas que representan pasajes de la vida del santo de Asís; otras curiosas iconografías, ya borrosas y marchitas, cuentan la vida de San Diego. Frescos de un carácter muy personal e ingénuo representan a los venerables hermanos de la Orden muertos en olor de santidad. Aquí y allá se ven todavía, tallados en el muro centenario, nichos con patinosas pinturas de gusto quiteño, escaños y sitios de penitencia, leyendas y epitafios escritos con arcaicos caractéres o ingénuas estrofillas, como ésta con que se tropieza

en el fondo de una escalera:

Por cierto que mal haría
El que por aquí pasase
Sin que Señora os rezase
Siquiera un Ave María.

En el fondo del claustro frontero se conserva una puerta primorosa labor de ensamble y entallado que lleva inscripta esta cifra: 1632. Esta puerta parece escapada de un patio de la Alhambra. El dintel y las jambas son de madera tallada y reproducen, con un sentimiento americano muy personal, los primorosos atauriques árabes. El mismo gusto mudéjar labró las ménsulas que sostienen el dintel y talló los paneles de los postigos, cuya labor recuerda las esculturas del palacio de Torre Tagle en Lima y de la Casa de Moneda de Potosí. Por esta puerta se ascendía al antiguo refectorio, hoy demolido, vasto salón con techumbre de alfarje, reproducción más modesta del techo de la iglesia.

En este monumento del siglo XVI se hermanan las dos tradiciones que el conquistador trajo a Chile: la engestada y severa tradición escurialense, y la complicada y graciosa tradición mudéjar, de cuyo maridaje nació la arquitectura colonial chilena, tan característica, tan llena de espíritu, de color y de interés psicológico.

* * *

Viniendo del río por la antigua calle del 21 de Mayo salen al paso, por la estrecha vereda, los recios contrafuertes de sillería de la iglesia dominica-



MENDOZA. — Ruinas del Terremoto de 1861

na, pardos cuando están en sombra, de un noble color oro viejo cuando el sol baña la piedra secular. Dominando los adustos entrepaños de cantería se proyecta sobre el cielo la arquitectura de la torre esquinera, decapitada y cubierta por un achaparrado cimborrio. Dos siglos han pasado sobre la iglesia; el suelo ha temblado hasta desvastar la ciudad, pero la fábrica de piedra se mantiene casi intacta, apoyada en sus robustos estribos.

Ya frente al templo, en aquella sombreada plazuela de Santo Domingo flanqueada de nobles casonas coloniales, aparece la simple y armoniosa fachada tallada en piedra. Forman su estructura dos órdenes superpuestos de pilastras dóricas, en las que se apoya un severo ático que sostiene en sus extremos las dos torres cuadrangulares. Tres pórticos de arquería en plena cimbra dan origen a tres partidos independizados en el orden inferior por la segmentación de los arquitrabes. Sobre el orden superior corre un entablamento que enlaza y articula los pórticos y corona los amplios entrepaños, interrumpidos por las aberturas de luz, talladas con resaltes de austero dibujo y por hondas hornacinas habitadas por imágenes de piedra. El tallado es sobrio, de estilo amplio y fuerte: cornisas de vigoroso claobscuro, moldurado de líneas rectas y hondo trazo, breves comentarios en el ático, en las archivoltas, en las dovelas y claves de los arcos. La piedra ha cobrado con los siglos una caliente tonalidad, casi dorada en las aristas cuando las toca la luz solar.

El interior de la iglesia obedece al estilo basilical grecoromano, con sus tres naves de bóveda, su crucero y altar absidial en forma de baldaquino

avanzado sobre el presbiterio alto, comentado todo por arcos de medio punto, pilastras y entablamentos dóricos.

Las líneas puras y severas, el sentido de la proporción perfecta, el sabor netamente clásico del monumento, revelan que el módulo herreriano sirvió de pauta al arquitecto colonial.

Si la iglesia de San Francisco es reliquia del renacimiento español del siglo XVI, este templo expresa, en forma integral, aquel otro momento de recomposición espiritual en que la raza española recobró sus atributos angulares, debilitados por la decadencia austriaca y bastardeados por el primer renacimiento borbónico, de gusto liviano y versallesco, felizmente orientado al declinar el reinado de Felipe V, hacia las verdaderas tradiciones nacionales.

Cuando se trazaron los planos de Santo Domingo, como cuando se levantaron los de la Catedral de Montevideo, estaba en su plenitud aquel sabroso período de la Restauración iniciado por los académicos de San Fernando antes de mediar el siglo XVIII. El neoclasicismo incoloro e inexpresivo de la primera época, que sucedió a los desórdenes de Churriguera, había hallado fuerza y vida en la tradición greco-romana. Los sólidos y engestados frontones de Juan de Toledo, los adustos y áridos entablamentos de Juan de Herrera, las fábricas grises y amplias de aquel primer renacimiento español, desaparecido bajo la opulencia ornamental del plateresco, y luego bajo la profusa flora churrigueresca, habían recobrado nuevamente su imperio.

* * *

La plazuela de Santo Domingo invita a soñar. Cuando la baña la luz de la luna y la fachada del templo se envuelve en sombra, y suenan quedamente las campanas, el añejo rincón de la ciudad se puebla de animadas sombras: tapadas y dueñas, ancianos y donceles, ricoshomes y mendigos que, con paso tácito, flanquean el pórtico de la iglesia y se pierden debajo de los arcos abiertos como negros túneles en la fachada de piedra. Chirrian luego los goznes, se abren las puertas, y, en el fondo de la nave, se encienden los cirios del altar absidial. Negras figuras de monjes y penitentes llevando encendidos blandones brotan del trascoro, descienden del alto presbiterio y recorren el templo donde la multitud prosternada entona lúgubres salmodias. Detrás de ellos avanza el clero y las comunidades, precedidos por los mitrados, canónigos, abades, priores, rectores, prebendados, toda la jerarquía colonial. La fantástica procesión se detiene frente a los altares laterales y se pierde luego por la negra abertura de la puerta frontera del convento, mientras las luces se extinguen, la multitud se disipa y las viejas puertas basilicales se cierran tácitamente y se arropan en la misteriosa sombra del atrio.

Disipada la mística visión en que el alma monástica de la vieja ciudad de los conventos resucita bajo la bóveda de la iglesia de piedra, los ojos se vuelven a la posada de Santo Domingo, que se arruina melancólicamente en la poética plazuela. El recio caserón recobra entonces su antiguo esplendor, con su frontón triangular ricamente moldurado y su cimacio barroco cubierto por el noble alero de dos aguas, su puerta ensamblada y claveteada, su patio

enlosado y sus soportales de teja. Arde la luz de los velones, el ventero y los criados indios se asoman a las puertas, y, calle abajo, suena el campanilleo de los atalajes de la diligencia que, dando tumbos, acaba de cruzar el puente de cal y canto y llega cubierta de polvo del camino serrano.

Vienen en ella gente de pro que bajan de las ciudades altas o han cruzado la Cordillera: algún Oidor visitador de Audiencias; algún Prelado que recorre los conventos de su Orden; algún magnate que regresa de sus minas o de sus fundos; algún joven estudiante que viene a graduarse en la Universidad de San Felipe; algún rodavalles que busca aventuras o destino.

Descienden del pescante los entumidos viajeros y se descarga el equipaje, y, cuando los mozos de posta han concluído de cambiar las mulas, el postillón y su escolta hacen sonar la corneta y parte nuevamente la diligencia dando tumbos, calle arriba, entre ruidos de cascabeles y chasquidos de fusta.

Cuando desaparece la diligencia en el fondo del camino, la imaginación se lanza por las oscuras calles y luego de perderse en las recobas de la plaza de Armas, donde se sueña con las alcaicerías morunas, se detiene frente a la "Casa colorada", opulento solar de los condes de la Conquista. El viejo palacio de piedra se remoza y anima. Se encienden los velones en los soportes de hierro forjado, se abren las ventanas, arden las luminarias, y a través de los postigos de labrada madera, se ven las viejas salas sahumadas de benjuí y alhucema, con sus techos de tallada viguería, sus nobles estrados cubiertos por ricas alcatifas, sus muebles

barrocos, sus historiadas consolas y mesas de arrimo, sus doradas y encendidas cornucopias.

El viejo Santiago caballeresco y galante sacude el sueño secular y resucita con sus palacios, sus galas, sus servidumbres, su grandeza, sus virtudes, sus glorias, sus intrigas y su trágica historia doméstica. Hay ruídos de arneses, y choques de armas, y luchas de bandos, y espadas que brillan en las encrucijadas , y moribundos que piden confesión, y embozados que escalan tapias y raptan doncellas; lances de guerra, de amor, de odio y de sangre, con que los caudillos y señores entretuvieron el ocio colonial.

Después, la trájica visión se tranforma, y de los cuatro vientos de la ciudad, conducidos en atalajadas calesas o en livianas literas, caballeros en recios rocines o en enjaezadas mulas, llegan del fondo de las oscuras callejas los viejos presidentes de Capitanías y Audiencias; los decanos, oidores, cabildantes y oficiales reales; los magnates y adinerados del reino: títulos de Castilla, hidalgüelos segundones, encomenderos, terratenientes y mineros, y toda la turbamulta militar y administrativa del mundo colonial: personajes de espada, de gola, de pluma y arenilla; beatos, viejos verdes y jóvenes currutacos; gente de curia, de covachuela y de chingana; procesión gesticulante y silenciosa, cuyos personajes recuerdan los retratos de Pantoja o mejor aún, las figuras de las estampas que grabó Goya.

* * *

Detrás de la Plaza de Armas que es como el corazón de Santiago, calle Puente abajo, se llega al

Mercado, y más allá a la antigua Plaza de Abasto, a orillas del río Mapocho, amplia explanada de ingrata memoria para el cronista colonial. Ya no está allí el puente de cal y canto, ni el antiguo paseo de los Tajamares, ni las pintorescas "chimbas" y "chinganas" de la época del Presidente O' Higgins; pero el caminante tropieza, en cambio, con el pintoresco dislocamiento del damero colonial a que obligó el recodo del río: angostos pasajes y breves callejas oblícuas empedradas con cantos rodados; plazuelas, rincones, recovecos y servidumbres interiores; y aquí y allá, en la calle de San Pablo, en la de Sama, en la de Esmeralda, en la de Teatinos, vetustas casas con portales aéreos y caladas celosías que, en las esquinas, avanzan sus agudos aleros tejados y se apoyan en recias columnas de ángulo. Las bermejas techumbres de teja se proyectan sobre el oscuro arbolado del Parque Forestal que se tiende en la ribera, junto a los tajamares del Presidente O ' Higgins.

Del otro lado del río se halla el sosegado barrio de la Recoleta, con sus casas hidalgas venidas a menos y sus pintorescas callejas, en cuyas encrucijadas y rincones se espera tropezar todavía, junto a las altas tapias, con clérigos de tejados sombreros, con viejos pelucones de casacón y chapines, contertulios del Presidente Carrasco, con misteriosas "tapadas" escoltadas por adustas dueñas y seguidas por gallardos donceles de capa y espada.

* * *

En las ranchería y casuchas fronteras a la Pla-

za de Abasto y próximas a la Merced se ha refugiado el comercio barato de paquetería y abarrotes y las misérrimas covachas donde el pueblo bajo se provee de vituallas, baratijas y abalorios. Globitos de vidrio multicolores, groseras imitaciones de las preciosidades de Talagante, bastarda alfarería indígena, jaulas, cestos y objetos de mimbre, recipientes de latón, alternan con las frutas, las hortalizas, las hierbas, amontonadas en lóbregas y sucias tiendas, pendientes de los muros y postigos o expuestas al público en toscos escaparates.

Los días domingo de tarde, la antigua Plaza de Abasto se puebla de armazones de madera y amplias carpas que cobijan a la abigarrada muchedumbre. Es aquélla una feria indígena que no conciben los habitantes de las ciudades platenses, donde la sangre europea ha destruído ya hasta la última gota de la débil simiente autóctona.

El cuadro, al declinar el día, toma colores goyescos. Arde el sol y cae a plomo sobre la tierra caliente. Un polvo dorado flota en el aire quieto y en medio de él se mueve la muchedumbre. Hombres, mujeres, niños, todos o casi todos con el estigma araucano, recorren lentamente las carpas, donde el concurso come, bebe, juega, canta y baila al aire libre o bajo las carpas.

Es aquélla una invasión del primitivo aduar autóctono. El alma indígena recobra su imperio y se expande en los colores vivos de los ponchos y las lamas con que se cubren muchos hombres y mujeres; en la policromía de los cintajos que adornan los sombreros; en el acre olor de la chicha; en las notas quejumbrosas de las guitarras, las arpas y los

acordeones; en las danzas cadenciosas; en los cantos que tienen la desgarradora melancolía de la Cordillera; en el sopor en que cae la muchedumbre cuando la noche borra el paisaje y envuelve la feria, laxa y fatigada de sol, de baile y de chicha, mientras en el cielo se encienden las estrellas y aparece suspendida en los aires la blanca imagen de la Virgen de San Cristóbal, señora de la montaña, que vela desde la cumbre el sueño de la ciudad.

En algunas carpas, terminada la feria, arde todavía la luz. Brotan de allí notas apagadas de arpa. Son pequeñas asambleas que velan; hombres y mujeres en cuclillas, cuyos rostros aparecen lívidos, casi violáceos, a la luz incierta y humeante de los candiles. La música se complica con tamborileos nerviosos y chasquidos de cuerdas, y las parejas rompen a bailar danzas de ritmo pausado y triste. Los bailarines se agitan cadenciosamente e insinúan una mímica, que tiene algo de baile oriental y más de candombe africano. De pronto, suena un quejido hondo y prolongado que las guitarras comentan con sordos bordoneos y brota en seguida un canto angustioso en el que parece fundirse la salvaje melancolía de las canciones del aduar con la desgarradora tristeza de la "quena" incaica. Los descendientes de los cautivos de Tihuantisuyus, cautivos ahora de los hombres blancos, al oír el canto doloroso, despiertan de su embriaguez y dirigen la mirada hacia el sur, donde vagan aún las sombras de Caupolicán y Lautaro y luego inclinan nuevamente la cabeza, mientras los pechos se llenan de una sorda congoja que el sopor va apagando dulcemente.

* * *

Santiago tiene muchas cosas bellas e interesantes; pero, sobre todo, tiene su Cerro de Santa Lucía. Hasta hace sesenta años, era aquél, un abrupto peñón que se levantaba en plena ciudad: el viejo Huélen que sirvió de asiento al conquistador Valdivia para fundar en 1541 la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y a los Padres de San Francisco para erigir su primera ermita, antes de construir la Iglesia y el Convento de la Orden. Hoy, es casi un símbolo de la ciudad, y es, además, padrón de gloria para su creador, el Intendente Vicuña Mackenna.

El curioso cerro que, hasta 1872 fué una simple atalaya militar y, además de esto, depósito de desperdicios y refugio de vagos, se convirtió desde entonces en "plaza aerea", como la llamó su fundador. Más que parque es, hoy, un museo, una muestra del ingenio pintoresco de un hombre, y de un hombre superior, por cierto.

Cuando se le visita y se recorren sus sendas, no puede menos de pensarse en la obra literaria de Vicuña, con la que este monumento tiene evidente parentesco espiritual. Así como el eminente polígrafo prodigó su talento en una de las más vastas y abigarradas bibliografías de su siglo, así prodigó también su imaginación en esta creación edilicia, un poco cajón de sastre, no obstante el plan a que obedece y su innegable belleza. Recuerdos de crónica, trozos de arquitectura, estatuas, bastiones, escalinatas, puentes, acueductos, torres, laberintos, belvederes, humilladeros, jardines, bosquecillos, fuentes, grutas, sendas, ¿no es acaso, así, también un poco la obra de Vicuña?

El cronista de Chile ha hecho en su cerro la crónica objetiva de su ciudad y de su tiempo. Es posible que el buen gusto y la propiedad no presidan siempre las curiosas obras de ornamentación y que allí alternen, fraternalmente, las cosas de arte y los abalorios, las bellezas naturales y las decoraciones escenográficas; pero, la población santiaguina está orgullosa de su Cerro, lo ha incorporado al acervo de sus cosas tradicionales y lo muestra con evidente complacencia al viajero.

Hay, pues, que ir al Cerro de Santa Lucía, subir en coche por la calzada espiral hasta la meseta, o ascender las suntuosas escalinatas de estilo exposición universal, cubiertas por pórticos y baldaquinos, trepar las empinadas y umbrosas sendas, asomarse a las troneras de las murallas, oír el disparo de su cañón astronómico, hermano del cañoncito del Palais Royal de París, visitar su museo, sentarse a la sombra de los añosos árboles, oír cantar los pájaros y ver deslizarse las lagartijas, sonreir a las parejas de enamorados, mirar con simpatía a los lectores de novelas románticas y a los estudiantes que olvidan el texto debajo del brazo, tomar te en el restaurante de la terraza, escuchar la música barata del quiosco, admirar la estatua de Caupolicán, saludar la efigie de mármol del ilustre Obispo Vicuña, penetrar en la gótica ermita, y terminar, por fin, en el belvedere de la cumbre, desde donde se abarca el panorama de la ciudad y el inmenso valle cerrado por la imponente cortina de los Andes.

Realizada esta peregrinación al Cerro de Santa Lucía que es de ritual, fuerza es ascender a otra montaña que se levanta en las puertas de Santiago

y que ha sido conquistada por otro Intendente del linaje de los Mackenna. Es este el Cerro de San Cristóbal, imponente montaña de seiscientos metros de altura, convertida ya en maravilloso parque y en cuya cumbre ha sido erigida la gigantesca imagen de mármol de la Virgen María. La blanca efigie se ilumina por la noche y desde la ciudad aparece como una celeste visión suspendida en el cielo.

Bajo la protección de la Virgen Madre se ha realizado la paulatina conquista de la abrupta montaña. Un magnífico camino trazado en espiral, sobre los flancos del cerro, y por el que ascienden los automóviles, llega ya hasta el pie del santuario. Por él y por multitud de sendas, suben a pie los peregrinos que llevan sus ofrendas a la Virgen del San Cristóbal, incorporada ya hace tiempo a las advocaciones milagrosas que son objeto especial de culto por parte del pueblo chileno.

El panorama que se domina desde la cumbre es grandioso. Las cordilleras despliegan allí toda su imponente majestad y belleza. La ciudad aparece en el fondo del valle, dividida por el río Mapocho que serpentea entre verdes prados, atraviesa el valle y se pierde en los desfiladeros en busca del mar.

Cuando cae la tarde el sonido de las campanas de Santiago llega hasta la altura y una profunda emoción religiosa parece difundirse sobre el paisaje. El valle se llena de bruma, la montaña toma un color azulado y la imagen de María, tocada por los últimos lampos del sol que se oculta detrás de las cumbres, resplandece como si el mármol fuera traslúcido. El viajero cae de rodillas y sus ojos se levantan hacia la Madre de Dios, cuyos brazos están tendidos hacia

Santiago como para recibir la oración que sube constantemente a la altura.

IV

LAS FACETAS DE UN PUEBLO

TRADICION Y REVOLUCION

La civilización en Chile ofrece características que solamente se encuentran en las sociedades que han experimentado una larga evolución de cultura.

Hay en aquel país un sedimento social estable, permanente y típico. Sea la tradición casi cuatro veces secular de su ciudad capital, sean los antecedentes también seculares de sus centros de enseñanza, sea el esfuerzo de superación que ha tenido que realizar aquel pueblo para bastarse a sí mismo como consecuencia del aislamiento a que lo condenó su posición geográfica y la orografía de su territorio, sea la permanencia y lozanía de la cepa castiza, fruto de ese aislamiento, el hecho es que Chile en su historia, en su organización social y política, en su legislación, en su fisonomía de pueblo, en su cultura, en su industria, en sus costumbres, en su arquitectura, en su literatura, en todas sus manifestaciones espirituales, produce la misma impresión de orden y disciplina.

Allí las cosas no se improvisan, ni cambian ni se precipitan como en otras ciudades de hispano América, allí el carácter local se mantiene intacto; la recia contextura chilena ha logrado fijar, dentro de su tipo de cultura, una mentalidad y una sensibilidad peculiares.

Esta fijeza típica de la agrupación chilena se advierte en su evolución histórica que no ofrece los sobresaltos y crisis que se observan en la de otras naciones del continente; en su acendrado sentimiento religioso común a todas las clases; en su organización social aristocrática, basada en el concepto de la jerarquía, que ha entregado el dominio del país a un grupo de familias de raza caucásica, enlazadas entre sí, que forman una pequeña oligarquía, cuyo yugo paternal pero inflexible, es aceptado por las clases inferiores; en su organización constitucional y política que ha sido capaz de mantener en aquella República largos períodos de paz después de la independencia; en su legislación basada en los principios seculares del orden social cristiano; en su industria, también secular, que ha creado en el hombre la aptitud trasmitida, de generación en generación, y con ella el «outillage» propio y las formas y tipos de producción, sean ellos los rudos laboreos de las minas y salitreras, los maravillosos tejidos de los telares indígenas, los ejemplares de alfarería y cerámica que van desde los groseros vasos de alfarería hasta las preciosidades de Talagante; en su arquitectura tradicional producto del ambiente físico y del espíritu de la raza; en su literatura, copiosa ya en la época colonial, fruto del clásico humanismo de sus universidades; en todas sus manifes-

taciones artísticas fundamentadas en la disciplina ortodoxa y en el módulo académico.

El carácter físico de este país lo determina su maravillosa naturaleza: la cordillera con sus grandiosos panoramas cambiantes hasta el infinito; los hondos valles con sus feraces praderas; los torrentosos ríos y los espejados lagos cuya misteriosa y salvaje belleza no tiene igual en la tierra; las imponentes selvas australes, los desolados desiertos del norte y su extenso litoral marítimo poblado de arrecifes y archipiélagos.

El carácter moral lo determina la fusión de dos elementos étnicos: el hombre blanco de raza española con su mentalidad, su sensibilidad y su cultura y en quien se mantienen en su pristina pureza los rasgos del conquistador español, y el hombre autóctono, el indio araucano, cuya psicología, como la de todos los pueblos indígenas de América, es un impenetrable misterio, y cuyas tradiciones, aunque atenuadas por la civilización cristiana y por el predominio del hombre blanco, suelen, sin embargo, reaparecer y adquirir raro prestigio. La resultante de esta fusión de elementos es el férvido y dinámico nacionalismo chileno del cual es trasunto la soberbia divisa nacional que timbra su moneda: «Por la razón o la fuerza.»

La sociedad chilena es una entidad homogénea y estable, esencialmente conservadora, agena a las bruscas transformaciones y sobresaltos a que se hallan expuestas las sociedades jóvenes formadas por agregación y que sufren constantemente la influencia de los elementos nuevos que a ella se incorporan. Carece aquella de la permeabilidad necesaria para

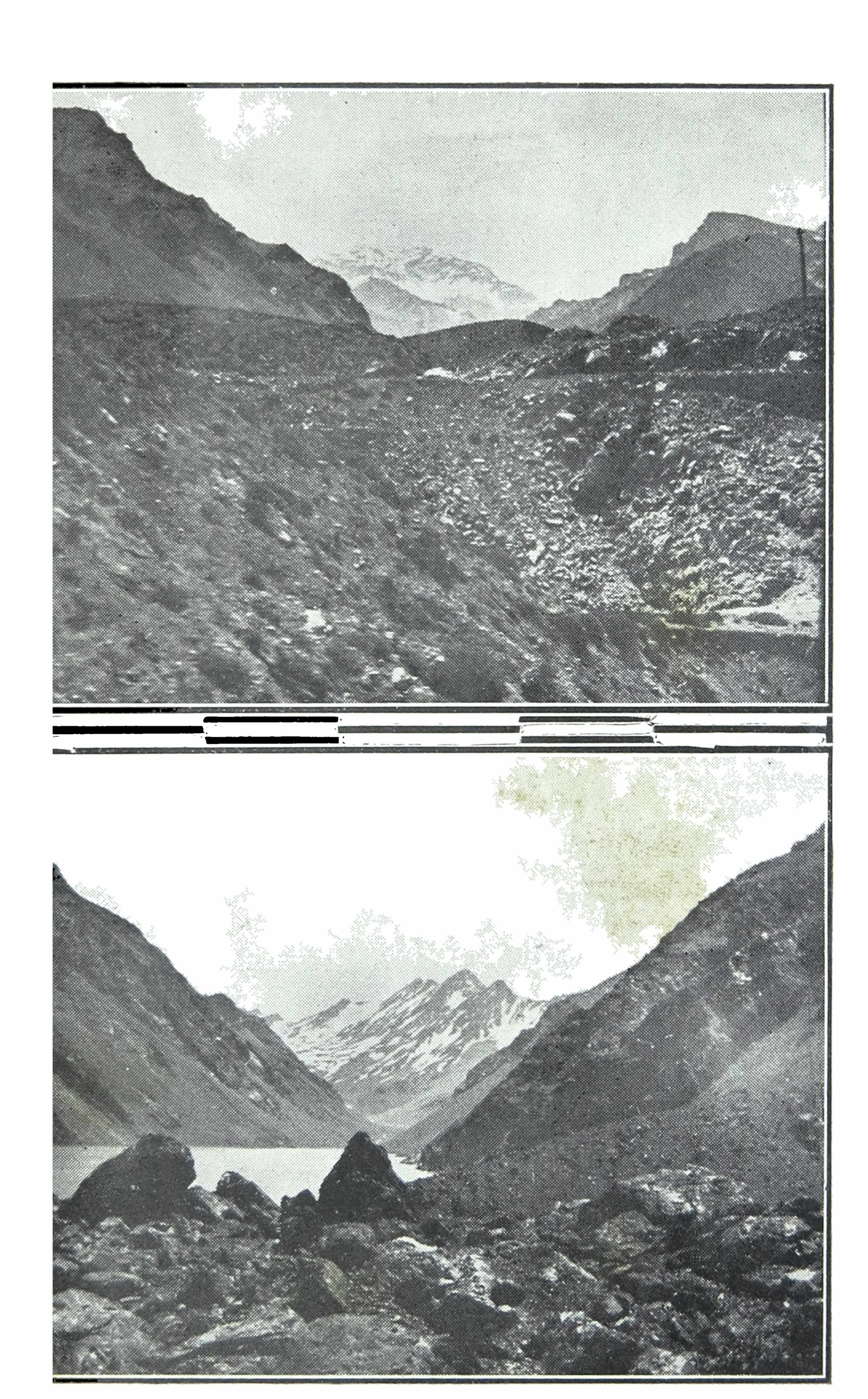
que se produzca el rápido trasbase de ideas y sentimientos exóticos y el predominio de individualidades de reciente incorporación al medio social, que es la causa del éxito fácil y resonante que en ciertos países adquieren las doctrinas importadas y de la rapidez con que prosperan los ensayos y tentativas individuales por extravagantes que sean.

Aquella sociedad, por tradición, por cultura, por razones de formación religiosa y moral, por educación política, por virtud de las sólidas disciplinas mentales e intelectuales que la rigen, por imperio del espíritu crítico y de contralor que surge de todos estos elementos, es impermeable a las sugestiones de doctrinas o procedimientos exóticos, por muy brillante y seductora que sea la etiqueta con que se presenten.

Por las mismas razones, y en fuerza de su organización, y aún de los prejuicios de clase en que ésta se funda, no acepta sin prolijo examen y sin menudas probanzas de limpieza e hidalguía de origen, como en las antiguas informaciones de nobleza, a las individualidades que han de ejercer magisterio, señorío, o influencia en el orden político o social.

* * *

No sería posible, sin largo y minucioso análisis, comprobar la exactitud de las referencias que quedan hechas respecto a los rasgos peculiares de la sociedad chilena; pero dentro de un concepto de síntesis, fácil es buscar elementos de comprobación objetiva en ciertas manifestaciones que son expre-



Cumbre del Aconcagua. — Laguna del Inca

sión genuina del espíritu, de la mentalidad, de la sensibilidad y de la cultura de aquel pueblo.

La literatura, por ejemplo, que es tal vez, uno de los elementos más típicos para apreciar el carácter de los pueblos, ofrece en Chile, desde la época colonial, acentuado sabor de humanismo que revela la cepa castiza y la fijeza de los estudios clásicos. Aquel país, así en la época de la dominación española como en el período de la Revolución y de la organización nacional, ha sido propicio al florecimiento de ingenios literarios a la manera de Don Andrés Bello, el ilustre maestro venezolano que se convirtió en mentor de varias generaciones literarias chilenas, y cuya influencia se prolongó en la obra de los Lastarria, los Amunátegui, los Vicuña Mackenna y los Barros Arana, publicistas en quienes se hermana el estudio de las bellas letras, de la filología, de la historia, del derecho y de la filosofía. País de teólogos y canonistas de gramáticos y filólogos, de jurisconsultos e historiadores, su literatura moderna, aún la influída por las nuevas corrientes estéticas, mantiene el sello de orden y atildamiento, que le imprime la tradición de que procede.

La misma sensación de orden y disciplina se experimenta al escuchar a los profesores de la Universidad oficial y de la Universidad católica. Claro que no son suficientes elementos para emitir un juicio definitivo, las lijeras impresiones recogidas de paso por el viajero en las aulas de humanidades, de derecho natural y de filosofía del derecho de aquellos institutos; pero, no obstante, ellas son bastante para revelar el fundamento cultural de aquel pueblo. No tiene aquella enseñanza ni sa-

bor libresco, ni pomposa erudición, ni mucho menos carácter de diletantismo. Son lecciones acaso un poco densas, pero hay en ellas, así en el método expositivo y crítico como en la doctrina y en las definiciones, esa precisión que sólo se encuentra en los profesores formados en los rígidos cánones de la tradición escolástica. Las bellas letras y la ciencia clásica del derecho así aprendidas, remozadas en las grandes fuentes modernas, dan un tipo de cultura literaria y jurídica poco conocido en nuestras Universidades platenses, pero que es común en todas las Universidades europeas.

Cuando se recorre el **hall** y las salas del Palacio de Bellas Artes, templo levantado al arte chileno, en el cual se custodian las obras que son genuino producto de la escultura y pintura de aquel pueblo y por lo tanto reveladores de su espíritu, de su sensibilidad y de su cultura, se experimenta también una sensación de equilibrio, de disciplina, de acompasamiento. Las palabras "clásico" y "académico" vienen a cada paso a los labios.

Se miran las formas de mármol y bronce y los lienzos y, no obstante su heterogeneidad, se recibe la sensación de un arte disciplinado, minucioso y pulido; sin sobresaltos, sin gestos arrítmicos, sin caidas a la novedad y mucho menos a la extravagancia. Nada hay allí de ese impulso desordenado y personal que, en otros países del continente, se manifiesta en ensayos y tentativas de un arte emancipado de toda regla, y muchas veces de todo plan y de toda ideación, y que revela la profunda desorientación intelectual y espiritual de los artistas.

El arte chileno, como todas las manifestaciones

intelectuales de aquel país, da la impresión de una entidad formada, que ha vencido ya la edad púber. Se advierte en las obras, aún en las de procedencia más opuesta, un oculto lazo que las vincula y las caracteriza. Ese lazo es la disciplina, que es base de equilibrio y solidez. Todos aquellos artistas han trabajado larga y concienzudamente y se han sometido a la rigidez del método; todos poseen sólida formación y no hay ninguno de ellos que carezca de estudios técnicos.

Se está en presencia de una producción, más o menos original y bella, pero sí seria y sólidamente cimentada. Allí no existe el **dilettante** que, sin estudio, sin preparación, sin academia, sin más bagaje que su talento y su inventiva, se pone a modelar, a pintar o a escribir. Todo aquello ha sido sometido a un largo proceso docente que le ha impreso su carácter. Hasta los artistas que han ido a terminar su formación al extranjero, conservan este sello docente, este academismo integral, que es el rasgo esencial de la cultura chilena.

* * *

Así me apareció aquella sociedad dentro del marco ya lejano de los años 1921 a 1923 en que visité el país andino repetidas veces, me puse en contacto con sus hombres más representativos y estudié, siquiera fuera de paso, sus instituciones políticas y sociales, sus centros docentes, sus costumbres públicas y domésticas.

Era aquel un momento crítico de la evolución social de Chile. El último representante del patricia-

do chileno en la Presidencia de la República acababa de entregar el poder al Sr. Alessandri, encarnación genuina, en aquel momento histórico, de la reacción social y económica que se había estado preparando en el seno de las clases inferiores, sin que de ello se percatase la oligarquía aristocrática dueña hasta entonces del país.

Sin mayores antecedentes del problema, la gravedad de éste se advertía en el ambiente. Llegaban aquellos días a Santiago, de la zona norte del país, grandes contingentes de desocupados procedentes de las salitreras y las minas. Eran millares de obreros indígenas a quienes acompañaban sus familias. Aquellas masas de seres famélicos y desarrapados acampaban a cielo raso, en cualquier zona abierta de la ciudad y sus suburbios. Se les veía a orilla del río Mapocho y en la Avenida de las Delicias y, en un momento dado, se movían desordenadamente, recorrían las calles e iban al palacio de la Moneda a pedir pan al Presidente de la República, quien desde los balcones del palacio solía arengarlos. Aquellos millares de seres humanos constituían de por sí una revelación para el extranjero.

Había más todavía. La presencia de aquella emigración de familias, sin hogar y sin pan, había despertado resonancia fraternal en las masas proletarias de la capital y, en general, en todas las clases humildes que parecían hacer causa común contra las clases ricas. El limo indígena del pueblo chileno subió a la superficie en aquellos momentos y apareció nítidamente a los ojos del observador superficial llegado de paso a aquel país.

El Sr. Alessandri se convirtió para el pueblo

en una especie de ser sobrenatural capaz de dispensarlo todo: pan, trabajo, bienestar, salud. La muchedumbre que iba al palacio de la Moneda a pedir pan al Presidente de la República, volvía, por la Avenida de las Delicias, hasta la residencia particular del Sr. Alessandri, a realizar actos de fetichismo y casi de adoración. Los muros del palacete quedaron, hasta la altura de un hombre, arañados por la multitud que arrebataba aquel reboque sagrado y lo conservaba como amuleto contra el infortunio y la enfermedad. Hasta hubo casos en que se administró a los enfermos mezclado con el agua que bebían. El pueblo creó alrededor del Sr. Alessandri una verdadera mística que, éste, se cuidó de cultivar con verdadera inteligencia política; pero, justo es confesarlo, llevado también por ardoroso sentimiento de amor a las clases humildes.

En aquella época el Sr. Alessandri, en breves momentos de conversación, me trazó, con verdadera lucidez, los lineamientos de la crisis que se preparaba y me hizo ver la hondura del problema que, largas pláticas mantenidas en el campo tradicional, no habían logrado revelarme. Una segunda conversación mantenida con un año de intervalo dió colores definitivos al cuadro. La acción personal del Sr Alessandri había logrado constituír mayoría en la Cámara de Representantes y se aprestaba a batir al Senado, último baluarte de las fuerzas políticas tradicionales. La desocupación se había atenuado sensiblemente, los salarios de los trabajadores del campo, que en la época de mi primer viaje, estaban debajo del límite concebible de la subsistencia, se habían más que duplicado. El Presidente preparaba un programa mínimo de reformas so-

ciales y económicas con vistas a un programa máximo, sin duda quimérico y que, naturalmente no pudo realizar.

La sociedad tradicional chilena recién comenzaba a inquietarse y a participar de la agitación subterránea que hacía presa de las clases inferiores y que había hecho ya terribles conquistas en el sector de la educación común y de las organizaciones obreras. Pero era todavía tal el sentimiento de seguridad y confianza y la falta de visión del peligro que, en un círculo del Club de la Unión, en el que se hallaban reunidos una docena de las más ilustres apellidos chilenos, al hacer yo referencia elogiosa a un ministro del Señor Alessandri en quien había sorprendido raras dotes de hombre de estado, un viejo prócer patricio me interrumpió para decirme con irónico desdén:

— Aquí no conocemos a ese caballero.

Esta frase es un símbolo o más bien una alegoría. ¿Quién es ese caballero a quien no se quería conocer en aquella tertulia prócer? ¿Era simplemente un ciudadano, un político, un ministro? No; era la expresión abstracta de algo que se miraba sin verlo, que se sentía sin comprenderlo, que en el fondo se comenzaba a temer, sin alcanzar, sin embargo, toda la extensión del peligro. Aquel "caballero" desconocido era al principio de la revolución política, social y económica que se estaba incubando en el pueblo y que iba a estallar, con tal violencia, que todo el andamiaje tradicional de la sociedad chilena podía ser conmovido y arrasado. Sin embargo, casi todos se empeñaban en desconocerlo, en vez de procurar penetrarlo, encauzarlo, dirigirlo y evitar, so-

bre todo, el que fuese descristianizado merced a la acción disolvente de las doctrinas extremas que comenzaban a infiltrarse en las masas.

Un sabio sacerdote, profundo conocedor de la sociedad chilena, deploraba en aquellos días la ceguera o la inflexibilidad de las altas clases frente a la reacción, en cuyos orígenes, en cuyo espíritu y en cuyas formas externas advertía signos y elementos que daban asidero para pensar en que, aquel movimiento, podía orientarse dentro de normas espirituales, netamente cristianas, y que cabían formas de conciliación capaces de salvar el orden social y el orden religioso, sin perjuicio de establecer las reformas políticas y económicas requeridas por el régimen patriarcal chileno.

El turbión revolucionario que, a partir de 1923, comenzó a azotar a aquel país y que, en determinado momento, sin que de ello se percatara el resto de América, amenazó con conmover hasta los más profundos cimientos del país andino, puso allí en doloroso jaque al orden social y demostró toda la extensión y gravedad del problema ante el cual el patriciado político chileno había permanecido indiferente.

El instinto de conservación, profundamente arraigado en las sociedades adultas, formadas y educadas en la devoción de los principios tradicionales, salvó providencialmente aquel país del caos comunista en que pudo ser sumido. Religión, tradición, vínculos sociales y domésticos, orden económico, concepto tradicional de la autoridad y del Estado, todo habría sido arrasado por la revolución, si no hubiese mediado la fuerza moral sedimentada en aquel

pueblo que, felizmente, hizo surgir el orden del desorden y logró poner al servicio de los intereses primarios de la sociedad, al propio caudillo que había iniciado la revolución.

No ha concluído aún la etapa revolucionaria que ha conmovido al país andino, pero las fuerzas conservadoras, acrisoladas en el peligro, saben ya a que atenerse y han creado la aptitud espiritual y la mentalidad requeridas por este momento histórico de la sociedad humana, en que la ley de la transformación afecta por igual a todas las naciones de la tierra.

V

EL PAIS INDIGENA

LA INFILTRACION COSMOPOLITA

Cuando se abandona la capital de Chile y se toma el camino que conduce a la costa del Pacífico, antes de ver el océano, una ciudad aparece de pronto al salvar los últimos desfiladeros. Torrecillas, minaretes, rojas techumbres de teja francesa, mansardas grises de pizarra, pérgolas aéreas, áticos policromados, jardines y parques que recuerdan los trazados de Le Notre, motivos de arquitectura, enfáticos o simplemente pintorescos, nos advierten que llegamos a una ciudad moderna donde el gusto europeo y americano del norte ha aventado la tradición indígena.

Las grandes masas constructivas, ceñudas y graves, las grises fachadas conventuales, las nobles fábricas de piedra de las iglesias barrocas, la parda teja de canalón, los balcones volados y cubiertos por anchas solanas, las primorosas rejas de hierro forjado, los ámplios y generosos portales de trazo señorial en que se advierte una vaga reminiscencia

plateresca, todo eso que se saborea intensamente en Santiago, ha sido sustituído por suntuosas construcciones modernas, cuya rigidez denuncia la estructura de cemento armado y cuya impersonalidad hace que la mirada se aparte de ellas con desgano.

Se trae además en la retina la visión de los villorrios que han quedado detrás, en la montaña, envueltos en ese polvo a veces gris, a veces ocre, que todo lo afelpa y que constantemente enturbia la gama del paisaje serrano: Quillota, con su iglesia de torres bermejas, sus huertas y plantíos de chirimoyas y tunas defendidos por tapiales de adobe crudo coronados con albardillas de musgosa teja, sus calles tristes y silenciosas, sus casonas melancólicamente alineadas mostrando las pobres fachadas que parecen recatarse debajo de los salientes aleros para ocultar sus cornisas, jambas y dinteles de madera pintada; Llay Llay, tendida en el centro del valle, con sus tendejones abiertos sobre polvorosas callejas y sus vendedoras de frutas, alfajores, "tortillas" y pasteles que, con sus blancas túnicas y sombreros, evocan el recuerdo de los mercados levantinos. Y tierra adentro todavía, más en el corazón de la montaña, San Felipe y Santa Rosa de los Andes, recostados en el flanco de la Cordillera, intactos en su estructura colonial, pasaje obligado de arrieros que vienen de Uspallata y las Achupallas, de mineros que llegan de Putaendo, de pastores que suben de los "fundos" del valle y en cuyas calles, pavimentadas de pequeños cantos rodados, se tropieza con la recua de mulas que marcha cadenciosamente, con el "roto" que observa con mirada oblicua y desconfiada, con el "guaso", pintoresco personaje mezcla de "cowboy", de

llanero y de gaucho.

Todo es hasta allí violentamente autóctono: la ciudad, la campiña, la montaña. El paisaje cordillerano, que todavía no se ha echado su manto de nieve, es hosco y terriblemente grandioso. El panorama está limitado por cerros de piedra, desnudos de vegetación, casi negros en la brumosa sombra de las quebradas, pardos y grises a la media luz crepuscular que reina en los valles profundos, polícromos cuando los hiere el sol y muestran la desnudez de sus flancos rugosos y heridos por profundas grietas y cavernas, o pulidos por los deslizamientos, los rodados y las aguas de los deshielos. Las montañas de primer término, cuyas crestas se recortan sobre el azul transparente y profundo del cielo, adquieren tonalidades verdosas, ocres, violáceas, bermejas, carminosas; los cerros lejanos se azulan y envuelven en el ópalo de la niebla, y aquí y allá, en las rugosidades de la piedra, resplandecen y se irisan las neveras. Arriba, las cumbres heladas tienen algo de impasible, inmutable y eterno.

De los cajones de la Cordillera bajan los torrentes y riachos que, en las quebradas, se transforman en ríos hirvientes y rumorosos cuyas aguas se precipitan entre rodados y riscos. El agua bulle parda, blanquecina, rojiza, y solamente se depura y espeja cuando queda inmóvil en el fondo pedregoso de algún cegado estero. La flora es hostil y agresiva: musgos éticos y líquenes grises y vellosos brotan en las grietas de las montañas y prosperan en las manchas de arenisca de las laderas; en las faldas, cactus gigantes se yerguen como candelabros erizados de sutiles dardos que se ocultan bajo la roja pe-

lusa que los cubre; más abajo, se retuercen los espinos que recuerdan aquellos árboles que se quejan en el infierno dantesco. Sobre este grandioso paisaje pesa la soledad, la infinita soledad que desciende del cielo insondable, que envuelve las cumbres heladas, que se eleva de las sombrías gargantas; soledad sin aves, sin fieras, sin ruídos, porque ni el hervor del río que corre abajo llega a la altura donde hasta el viento suele ser silencioso.

En los hondos valles, la vega se ofrece rica y generosa. El río aplaca su violencia y se tiende perezoso entre los riscos, fatigado de despeñarse por la montaña; las riberas se pueblan de pequeños bosquecillos, y aquí y allá, se ven primitivas esclusas, hechas con troncos de árboles y cantos rodados, que embalsan las aguas y las conducen por rústicos canales a las acequias y albercas de los "fundos" cuyas poblaciones se ocultan entre alamedas y frondosos bosques. Los trigales y los viñedos esmaltan la alfombra de verdura con tonos vivos y con notas profundas. En las quebradas, sobre las faldas de los cerros lejanos, grupos de esbeltos álamos que en el mes de abril adquieren un color oro viejo, ponen una nota grave y pensativa en el paisaje. A menudo aparecen pequeñas granjas y alquerías rodeadas de tapias arbardilladas y setos de silvestre mora.

Si la naturaleza y el paisaje y hasta el color son allí autóctonos, más lo es el hombre de esas regiones, incontaminado de sangre europea, virgen en su primitiva pureza étnica, magro y cetrino, de ojos pequeños y entornados a los que parece asomarse la congoja de los antiguos cautivos de Tahuantisuyu; raza que no gesticula, que no grita, que no ríe, que ha-

bla en voz baja, que se mueve pausadamente, con ritmo que recuerda el lento y cadencioso movimiento que imprime al viajero la mula que marcha paso a paso por la cornisa de la montaña.

* * *

Viña del Mar reserva al viajero la sorpresa de hallar en la montaña una ciudad exótica. Apenas abandonado el tren, traspuesto el pórtico de la estación, se tropieza con una graciosa plazuela arbolada donde pululan automóviles, carruajes y vendedores de golosinas y chucherías. A través de los gigantescos árboles que dan sombra a la plaza, se advierten los botareles y la masa parda de una iglesita de estructura ojival, pero ¡ay! de cemento armado. Un camino encantador, flanqueado de preciosas quintas y hoteles, se tiende perezosamente a lo largo de la vía férrea hasta el confín del paisaje serrano. Allí y en las callejas del aledaño, se ha refugiado el sentimiento tradicional que anima las viejas casas señoriales de tipo chileno.

Frente a la estación, en un viejo portal, un anticuario ha establecido su tienda. De los muros cuelgan casullas, tapices historiados, ponchos, lamas y alfombrillas araucanas y chilotas. Sobre las tracerías polícromas brillan las joyas indígenas: diademas, collares y pendientes de plata batida. Más allá hay un grupo de cuadros borrosos y ahumados: mártires ensangrentados, cabezas de apóstoles y patriarcas y entre ellos, parecen sonreír las vírgenes quiteñas con su color suave y dulce y su ingenua y mística expresión. Sobre arcones y mesas de arquitec-

tura bizarra se despliega todo un museo de imaginería barroca, preciosamente estofada, y en la que se adivinan los rasgos de esa fina escuela de decadencia que presidió Salcillo y Alcaraz y que tuvo representantes insignes en el Pacífico. En los escaparates la alfarería araucana e incásica se confunde con joyas churriguerescas y platería de Lima, Potosí y México, conjunto heteróclito de orfebrería semibárbara que, por asociación, trae el recuerdo de las profusas ornamentaciones de las iglesias del Perú y de Bolivia.

Saturado del perfume indígena y tradicional avivado por el ambiente del típico hotel en que me he hospedado, recorro la ciudad y confirmo la impresión recibida desde el tren. Me hallo en una hermosa ciudad moderna, atravesada por bulevares y avenidas y poblada de hermosas plazas y parques arbolados. Suntuosos edificios públicos y privados salpican la densa edificación incolora y sin carácter. La periferia está construída dentro del tipo de los barrios aristocráticos de Montevideo, de Buenos Aires y de Río de Janeiro.

Me han dicho que Viña del Mar es una ciudad balnearia; pero, ¿dónde está el océano Pacífico que he venido a buscar desde las playas del Atlántico? Recorro el horizonte urbano y solamente veo las masas de los cerros proyectadas sobre el cielo levemente opalino.

— ¿Dónde está el mar? — pregunto al auriga.

— Pues, "ayá" — me contesta quedamente, señalando con la fusta hacia un punto incierto.

— Entonces vamos allá.

— "Al tiro."

Y el auriga indígena, en quien se advierte el mismo sello de resignada tristeza que vengo observando desde las regiones puntanas, lanza un débil silbido. El coche echa a rodar por una polvorosa avenida que atraviesa el ensanche de la ciudad, en cuyo fondo la falda de un cerro cierra el paisaje. La avenida da un brusco rodeo y de pronto, como si los telones que interceptan el panorama se apartaran por arte de magia, se abre el horizonte y aparece el océano Pacífico, profundamente verde y maravillosamente sereno.

La avenida desciende en suave declive, paralela a la costa, entre la cornisa de piedra y la breve cintura de purísima arena. Esta es la playa de Miramar, sitio donde se baña la aristocracia chilena.

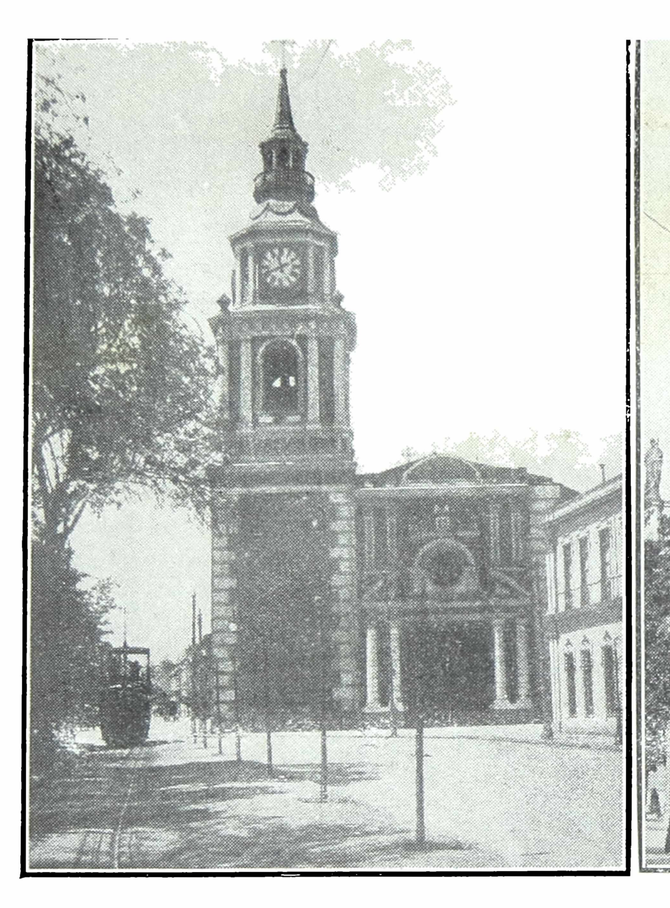
El cuadro es maravilloso; la serena curva del horizonte separa la inmensidad azul cobalto del cielo, de la inmensidad del mar, teñido de un verde esmeralda, denso en la masa, transparente en la superficie de las ondas que rompen rítmicamente en el arrecife y salpican de inmaculada espuma el ocre de la arena. Pardos peñascos interrumpen la playa y avanzan en las aguas formando pequeños y graciosos promontorios. Los cerros limitan el panorama a ambos lados, grises en la base, radiantes en la cumbre, bermejos cuando el sol rasante hiere sus flancos, salpicadas las faldas de suaves irisaciones y de tonalidades borrosas, como si sobre el color se hubiese tendido una lama gris.

Detrás de la playa la escarpada barranca avanza sobre el mar, coronada de palacetes y "villas" que parecen asomarse a la graciosa cornisa de piedra para mirarse en las aguas. La playa está interrumpi-

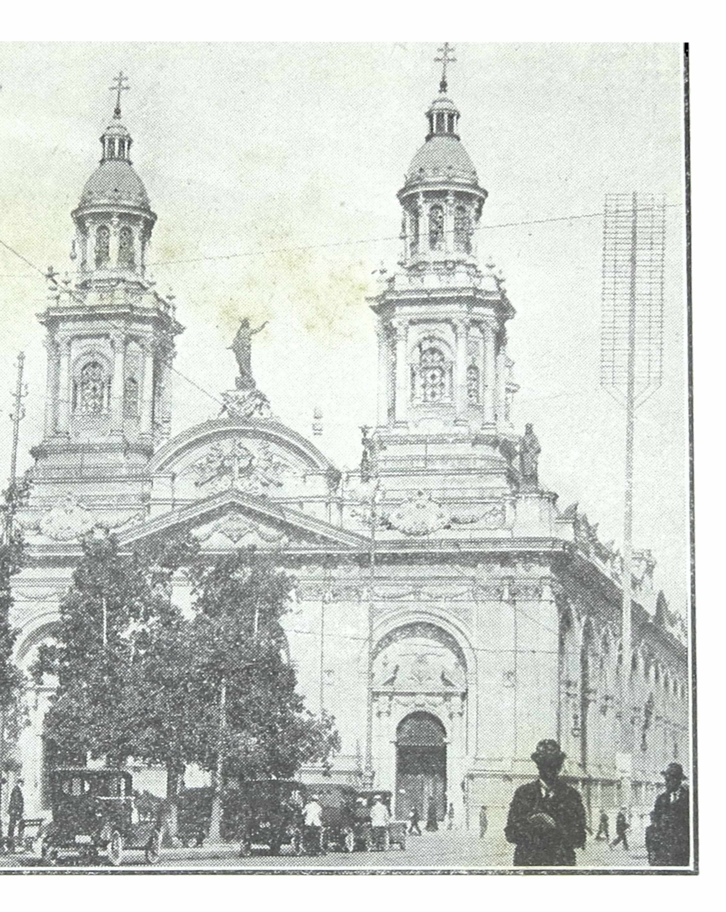
da por un negro escollo sobre el cual se levanta un restaurante de gusto tudesco en cuya terraza una pequeña orquesta típica toca un cálido "fox - trot". En la orilla los bañistas, cogidos a las cuerdas de defensa, se entregan al azote de las rompientes y se envuelven en nubes de espuma. El "fox - trot" de la orquesta resulta un ruído lamentable al lado de la voz solemne del mar.

El restaurante tudesco y las "villas" de la cornisa nuevamente vuelven a avivar la impresión exótica que da la ciudad. Estos presuntos castillejos de importación, estas grises torrecillas y estas terrazas de madera, nada tienen de chileno.

Echamos a andar avenida arriba y de nuevo nos internamos en el misterioso camino, lleno, a esta hora del mediodía, de fresca sombra. La tienda del anticuario ha sido asaltada por una turba de turistas norteamericanos que todo lo examinan; la plazuela sigue llena de aurigas y automóviles. El hotel, con sus graciosas solanas y sus silenciosos patios rodeados de soportales, me vuelve al mundo colonial, que aún existe en los pueblos del Pacífico, y que, para nosotros, hombres de la zona atlántica, desnaturalizada por el cosmopolitismo, tiene un delicioso sabor castizo.



SANTIAGO. — Iglesia y Convento de San Francisco
(Siglo XVI)



SANTIAGO. — La Catedral. (Siglo XVIII)

VI

EL MAR PACIFICO

LA CIUDAD DE LOS CERROS

Valparaíso está a un paso de Viña del Mar. El breve viaje por el camino del litoral es extraordinariamente pintoresco. La cornisa corre sobre la costa del océano Pacífico rozando los cerros de piedra oscura, serpenteando entre escollos y arrecifes, labrada a trechos casi a nivel de las aguas, trepando otras veces para ganar altura.

Es maravilloso adelantar por el polvoroso y áspero camino, mientras el sol desciende haciendo resplandecer las aguas del mar, tranquilo, pero rumoroso. La brisa, agria a estas horas, azota el rostro. A lo lejos, detrás del flanco de un cerro que se hunde en las aguas, se adivina la rada de Valparaíso poblada de barcos. La Cordillera huye hacia la lejanía del sur donde se confunde con el mar y el cielo.

Se llega a Valparaíso por un camino estrecho y tortuoso que sube, baja y culebrea en las estribaciones de los cerros. Construído en terraplén, ha dejado a bajo nivel, a ambos lados, las sórdidas barriadas que lo bordean. Se cruza sobre pardos tejados

y se advierte en una y otra parte las casuchas de desnudo adobe, los míseros solados, las tapias de piedra suelta. Debajo de los sucios aleros, recostados en pequeños palenques, hombres y mujeres indígenas, cubiertos muchos de ellos con vistosos ponchos, fuman silenciosamente, absorta la actitud y la mirada perdida en la lejanía gris.

Una multitud abigarrada circula por el sucio suburbio: a caballo, en mula, a pie, conduciendo récuas y cargueros atestados de las más bizarras mercancías, hormiguero humano, con algo de mercado oriental, en que los rotos y las bestias se mueven lentamente, con ritmo melancólico, envueltos en doradas nubes de polvo. Los arrieros que vuelven de la montaña al paso cadencioso de las mulas y los jornaleros que abandonan los obrajes, se detienen en las inmundas tabernas, socavadas también a la vera del camino, y de las cuales asciende un olor acre, mezcla de chicha, de amoníaco y de bazofia humana. Mujeres vestidas con túnicas blancas, las mismas de Llay Llay, cubiertas con una típica toca también blanca, pasan con cargueros de frutas, alfajores, pasteles y otras fruslerías que ofrecen con plañidero acento.

En el arrabal de Valparaíso otra vez se siente el viajero en el Chile indígena y pintoresco y, por un momento, en aquel callejón sórdido y polvoroso bordeado de rancherías de adobe y de tapias albardilladas, mezclado a la abigarrada muchedumbre, detenido por las récuas y cargueros, deslumbrado por el sol que se pone y hace arder las tracerías rojas y ocres de los ponchos, y deja un tono encendido y bermejo en las cumbreras de los tejados, y pro-

yecta en sombra las torres barrocas de una iglesia cercana, la imaginación se transporta tierra adentro, lejos de la ciudad porteña, a las grises ciudades del altiplano andino, donde se conserva intacto el espíritu colonial.

Se cree penetrar allí por una calleja de Potosí, de Tupiza o de Oruro, caballero en una enjaezada mula, luciendo calzón corto y sombrero de tres picos y de nuevo se levanta aquel mundo muerto de virreyes, oidores, corregidores, encomenderos, escribanos y corchetes; de indios, caciques, mitayos, esclavos, yanaconas y libertos; gente de golilla, de espada, de pluma, de opulencia y miseria; tétrica comparsa que surge como una procesión de penitentes de los viejos palacios y casas fuertes, de la sombra de las recobas, de los portillos abiertos en las altas y misteriosas tapias y que luego de recorrer la árida llanura, se esfuma en el fondo gris de la historia colonial.

* * *

La ciudad de Valparaíso está construída en anfiteatro sobre una preciosa ensenada. Parece haber rodado hasta la ribera desde lo alto de la montaña, dejando aquí y allá, pequeños y pintorescos burgos suspendidos sobre el vacío. La edificación ocupa toda la extensión del valle y trepa las faldas escarpadas.

Desde una pequeña colina que es como el Sacro Monte de esta curiosa ciudad, y de la cual parte la suntuosa avenida Montt, observo los vestigios de los terremotos que han sacudido a Valparaíso. Iglesias semiderrumbadas, edificios en ruinas, montones de escombros, boquetes abiertos en la densa edi-

ficación, muros agrietados, fachadas mutiladas, permanecen como testimonio de la catástrofe. No obstante, a medida que se penetra en el corazón de la ciudad las ruinas se hacen más raras y aparece en cambió aquélla con su carácter moderno, cosmopolita y mercantil, y su aspecto típico de puerto de mar.

Valparaíso podría pertenecer a cualquier país de la tierra. A no ser por el intrincado trazado de sus calles, podría ser una ciudad del Plata; pero este dislocamiento del damero colonial consagrado por las leyes de Indias, aleja el recuerdo de las poblaciones hispanoamericanas y hace pensar más bien en una ciudad europea. Las calles estrechas y convergentes y las plazuelas triangulares con sus altos edificios, recuerdan, a veces, las ciudades de las colonias inglesas; pero a poco, se advierte que en los letreros y anuncios de las tiendas, bazares, bancos y hoteles predomina el idioma alemán y se piensa entonces en una ciudad colonial tudesca.

La gente que circula por las calles atestadas de tráfico desorienta cada vez más. El puerto chileno ha obrado sobre la población el milagro. La penetración forastera ha dominado la ciudad y la mayoría de esta gente nerviosa y apresurada poco tiene de chilena. Etnicamente se está en Montevideo, en Buenos Aires, sobre todo. Alemanes, muchos alemanes, americanos del Norte, japoneses, ingleses, franceses, italianos, forman en gran parte este hormiguero humano. En las calles de Santiago se busca con avidez un rostro que no lleve los rasgos autóctonos; aquí no abunda el tipo integralmente chileno.

Los edificios son altos y pertenecen a ese esti-

lo inexpresivo con que en los últimos cincuenta años se han construído las ciudades donde reina el cosmopolitismo; solamente por excepción, se encuentran vestigios de la edificación tradicional chilena. Los terremotos y los extranjeros han arrasado el casco colonial para levantar estas grandes masas de edificación que, a veces, traen el recuerdo de las urbes norteamericanas.

Alguien me hace notar un aspecto urbano que es realmente chileno. He llegado a la hora del paseo, cuando la gente desocupada de Valparaíso se reúne en la plaza a oír la retreta. Aquello es un vergel. Las damas, vestidas con trajes claros, ocupan los bancos y las sillas cubriendo ambos bordes de la vereda de la plaza. Los hombres circulan en la misma dirección dentro del doble círculo femenino. La música toca aires de ópera italiana o motivos marciales. Es el mismo espectáculo de la Plaza de Armas de Santiago, solamente que allí mujeres y hombres circulan en dirección contraria, formando dos rumorosas corrientes, y aquí es sacramental que las damas se exhiban sentadas.

Rápidamente se recorre la avenida Montt y las calles centrales, el barrio del puerto y el puerto mismo, el barrio del Almendral y luego se tiende la vista hacia la parte más curiosa de la ciudad que es la que trepa los cerros y los corona de curiosas construcciones: palacetes, jardines, "chalets", pequeñas casas y aún sórdidos barrios que más que moradas de cristianos parecen cuevas de bandidos. Allá arriba, las construcciones parecen gravitar sobre el abismo, defendidas por frágiles balaustres y barandillas de madera y envueltas en manchas de verdura.

Estos barrios de la altura tienen carácter típico. Los hay suntuosos, poblados de hermosas residencias, arquitecturadas dentro del gusto Mar del Plata y Pocitos, rodeadas de jardines y bosquecillos de palmeras. Deliciosas calles y sendas, abiertas a pico en la cornisa y defendidas por parapetos, conducen a los palacetes que se recuestan contra el muro de la montaña tapizada de verdura. Retorcidos árboles y arbustos, helechos y palmeras, lianas y enredaderas salvajes, decoran y festonan la piedra rojiza, arriba y debajo de estas curiosas repisas labradas por la naturaleza en los cerros. Otros son lóbregos y sucios y se hallan escondidos en los intersticios de la roca, a la manera de las cuevas gitanas de Guadix. Aquí la senda está defendida por frágiles barandillas de apolillada madera a las que no oso acercarme temeroso de caer en el abismo. Sin embargo, aquí y allá, hombres, mujeres y niños se apoyan en ellas y se asoman al precipicio. Tampoco aquí, como en todo Chile, el hombre teme a la altura. Nosotros, hombres de la llanura, no tenemos nervios para estas vertiginosas andanzas. El vacío nos pone un doloroso temblor en las piernas y una intolerable angustia en la garganta. El chileno se asoma indiferente a la cornisa de la montaña para mirar impasible el torrente que ruge a mil metros de profundidad y nosotros sentimos, detrás de esa baranda, que casi roza las techumbres de Valparaíso, la congoja de la altura.

Las casuchas de estos barrios son sórdidas y sucias como sus moradores, pero, ¿qué importa ello, frente al maravilloso cuadro que desde allí se divisa? Se asciende a ellos por vericuetos, agujeros, tor-

tuosas escaleras excavadas en la roca o tendidas en empinados y sucesivos tramos, puentecillos de madera, trozos de viaducto, y sobre todo, en grandes ascensores públicos que suben y bajan constantemente y en breves minutos conducen hasta los peldaños de los cerros.

Desde la altura el panorama crepuscular es inolvidable. El sol se oculta detrás del Pacífico; los cerros adquieren tonalidad rojiza; las cumbres resplandecen; de los valles remotos sube la niebla. La ciudad se ilumina abajo y llega hasta allá arriba, apagado por la distancia, el rumor del tráfico. El mar trueca su manto de esmeralda por otro plomizo. Los buques izan sus luces a tiempo que las estrellas empiezan a titilar en la bóveda del cielo. Las torres pensativas de las iglesias hacen sonar gravemente las campanas. El último lampo solar se extingue como la nota postrera de una música lejana y la noche. agazapada detrás de las montañas, asciende hasta el cenit constelado de estrellas y cae sobre Valparaíso borrando el paisaje y envolviéndolo en sombras.

VII

EL ANFITEATRO SAGRADO

LA BATALLA DE MAIPO

Saliendo de Santiago por el camino del Sur que conduce a Melipilla, salvado el Zanjón de la Aguada, se penetra en la deliciosa campiña del valle central. Las cumbres nevadas flanquean al viajero por el naciente; detrás de las cresterías de las montañas próximas, el Tupungato, el Maipo y el San José muestran a ratos sus negras faldas y sus inmaculadas cimas. Al oeste se tienden los cerros del sistema de la costa a cuyo pié corre el río Mapocho.

El polvoroso camino atraviesa el valle por el centro, entre tierras de cultivo, trazado por bardas de zarza y preciosas alamedas que en este mes de Abril adquieren el tono amarillo del oro. La acequia desprendida del canal corre junto a la calzada que se tiende perezosamente, casi sin grediente. Pasado Chuchunco, antes de llegar a Maipú, pequeño villorrio construído próximo al camino carretero, a la sombra de una pequeña iglesia, convergen a la ru-

ta, de ambos lados, pequeñas cerrilladas o lomajes de tierra blanquecina que ondulan el centro del valle y forman allí áridas hondonadas. Son aquellas las Lomas Blancas. Es preciso descender para cruzar el estero y luego trepar la cuesta. A la derecha del camino, sobre una eminencia, se levanta una pirámide de piedra labrada. Desde las gradas del monumento se domina el grandioso paisaje. Todo aquello es el campo de batalla de Maipo.

Hacia el sur está el vado de Lonquén por donde el ejército español cruzó el río y desbordó sobre el valle; lo oculta un macizo de cerros, rodeado de boscaje, en cuya falda se levantan intactas las blancas construcciones de la Calera de Tango, antigua posesión jesuítica en que el General Osorio durmió la víspera de la batalla y donde San Martín descansó después de la victoria. Se ven luego los campos y sendas por donde avanzó en masa el ejército español y las posiciones que ocupó, inclinándose hacia el poniente, para flanquear al enemigo y buscar el camino de Santiago y Valparaíso. Detrás de la meseta en que tendió sus líneas el jefe realista, en una hondonada, está la hacienda de Lo Espejo, hacia donde se retiró Ordoñez con los restos del ejército vencido y donde terminó la batalla. Se llega a ella por una senda traviesa en la que parece reconocerse el hondo callejón y los tapiales donde se acantonó el heroico jefe español con sus granaderos y cazadores, los diezmados batallones de infantes y las piezas de artillería salvadas del desastre.

Lo Espejo es el Hugomont de Maipo. Allí se hicieron prodigios de heroísmo y se realizaron horrores de muerte. Doscientos cincuenta cazadores de

Coquimbo fueron destrozados en breves minutos por la metralla española en el trájico callejón; todos los oficiales quedaron muertos o heridos. Diez y siete bocas de fuego convergieron luego sobre el caserío de la hacienda destruyéndolo en pocos instantes; detrás de cada tapial quedó un montón de cadáveres; de los tejados, de las ventanas, se desplomaban los soldados heridos por aquella tempestad de rayos. Luego se combatió en el patio, en los corrales, en los potreros; a bayoneta, a sable, a lanza, a puñal; los voluntarios de Aconcagua concluyeron por cazar con sus lazos a los soldados españoles como si fuesen reses fugitivas. Allí entregó por fin su espada Ordoñez, el héroe vencido.

Volviendo los ojos al naciente se domina la meseta de las Lomas Blancas, donde San Martín esperó al ejército español, formado en orden de batalla, cerrando el camino de la capital. Hasta este mismo sitio donde está la pirámide llegó el Libertador en la madrugada del 5 de Abril, envuelto en un poncho patrio y defendido por la penumbra, para asomarse al ángulo extremo de la meseta y ver desfilar al ejército enemigo que esquivaba la batalla en el lugar elegido y tomaba posiciones en una extensa cerrillada al oeste, cubriendo el camino de Valparaíso y amenazando la capital por el flanco patriota. Fué en este sitio donde el Gran Capitán pronunció las palabras memorables que su ayudante O'Brien trasmitió a la posteridad: "El triunfo de este día es nuestro". Y luego, señalando con el brazo al sol que aparecía detrás de la gran Cordillera, agregó: "¡El sol por testigo!". En seguida regresó al campamento a gran galope, reunió a sus ayudantes y ordenó que

el ejército marchase a tomar posiciones frente al enemigo.

El ejército chileno — argentino evolucionó sobre la meseta y, mediante un movimiento oblícuo, cubrió la altura de las Lomas Blancas tendiendo su línea en masa frente al ejército español, separado de éste por la hondonada. El sol pasaba por el meridiano cuando San Martín ordenó a sus artilleros que rompiesen el fuego; las piezas españolas contestaron la salva. Treinta cañones tronaron en el campo de Maipo haciendo retumbar las cordilleras y envolviendo en nubes de humo las líneas de ambos ejércitos. Instantes después el general de los Andes ordenó el ataque general.

* * *

Se vió entonces brotar de la cortina de humo y descender la barranca a las divisiones patriotas, el arma al brazo y a paso de carga. Cinco mil soldados criollos se lanzaron como un sólo hombre sobre los seis mil veteranos realistas, mientras que San Martín permanecía en observación con las reservas sobre la loma. Avanzaba la infantería en grandes masas; brillaban heridos por el sol los morriones de hule con carrilleras doradas; los correajes blancos, cruzados sobre el pecho, semejaban aspas de plata sobre el azur de los uniformes. En los flancos de cada brigada, y a retaguardia, formaban en orden cerrado los granaderos a caballo, con sus casacas azules, sus correajes blancos, sus botas altas y sus rígidos morriones; los lanceros y los cazadores montados, con sus chacós de cuero sin vicera,

sus chaquetas verdes guarnecidas de piel blanca, vuelta y collarín rojo. Cada regimiento llevaba en alto su estandarte y sus guiones y el viento de la batalla hacía tremolar la bandera tricolor de Chile y la azul y blanca de las Provincias Unidas. El tambor tocaba a calacuerda y los clarines repetían la voz marcial de ataque.

La línea española esperó imperturbable. Doce bocas de fuego coronaban la altura. En el centro, estaba la flor del ejército realista: el "Burgos", con su histórica bandera; el "Arequipa", mandado por Rodil; el "Infante Don Carlos", y el "Concepción" con Ordoñez y Morla al frente. Primo de Rivera, con cuatro piezas y Morgado, con sus escuadrones rojos, cubrían la izquierda; los "Lanceros del Rey" cubrían la derecha.

Cuando los patriotas cruzaron la hondonada comenzó a jugar la artillería, a la vez que un furioso fuego de fusilería cubrió con una cortina incandescente la arista del lomaje. La derecha patriota, mandada por Las Heras, que marchaba al frente del batallón número 11, apoyada por los "Infantes de la Patria" y los "Cazadores de Coquimbo", mantuvo el orden cerrado frente a la metralla, mientras los "Granaderos a caballo", de Zapiola, desplegaron en escuadrones y se lanzaron con los sables en alto sobre las posiciones enemigas. Los cazadores montados, de Morgado, con sus casacas rojas, sus grandes botas y sus altos morriones, bajaron a contener la carga patriota. El choque fué terrible; el golpear de los sables dominó el ruido de las descargas, y hombres y bestias se confundieron en el ardor de la matanza. Los soldados españoles retrocedieron,

por fin, y perseguidos al gran galope, se refugiaron detrás de la línea, mientras Las Heras quebraba y cortaba la izquierda realista y obligaba a Primo de Rivera a abandonar sus cañones.

Mientras tanto, el ala izquierda de los patriotas, avanzaba en masa, dirigida por Alvarado, sobre el extremo de la derecha realista, encerrándola en un abrazo mortal. Ordoñez, el bravo Ordoñez, quiso detener allí a la victoria. Reunió en división los cuatro batallones de infantería del centro y salió al encuentro de Alvarado, cortándolo con el fuego de sus fusileros y de dos piezas que emplazó al galope en la altura. Vacilaron los cazadores de los Andes, mandados por Alvarado; fué diezmado el N.º 8, los libertos cuyanos de Enrique Martínez, se dispersó el N.º 2, al cargar a la bayoneta, y sonó el clarín ordenando la retirada, mientras Ordoñez, que se creía dueño de la victoria, se lanzó en persecución de los patriotas. Los cañones chilenos, de Borgoño, detuvieron el avance de la formidable infantería española; los batallones invencibles plegaron sus estandartes y emprendieron la retirada hacia su primitiva posición.

En aquel momento, el general de los Andes, al ver quebrantada su izquierda, movió las reservas y las lanzó oblícuamente sobre la derecha enemiga. El 1.º y el 7.º de los Andes y el 3.º de Chile, del coronel De la Quintana, atravesaron diagonalmente la hondonada y, habiendo recibido la incorporación de los cuerpos rehechos de Alvarado, escalaron las posiciones enemigas. Lo que restaba del ejército realista se concentró en el centro de la loma; allí estaban los cuatro batallones predilectos, con sus pen-

dones cargados de laureles; allí estaba Ordoñez, que tomó la dirección de la batalla, pues el general en jefe, Osorio huyó en aquel momento del campo.

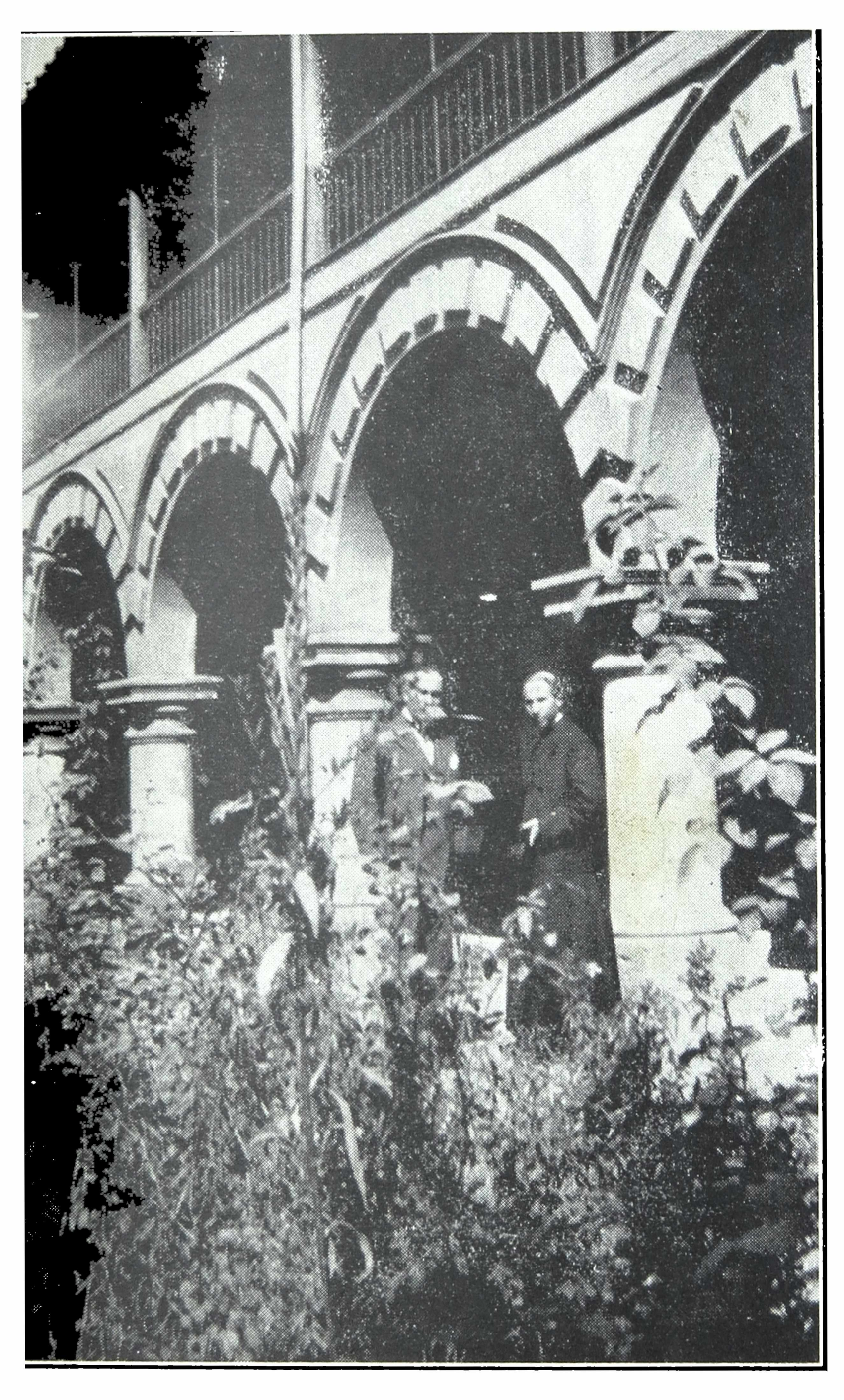
El héroe desplegó sus columnas e hizo avanzar al "Burgos", que se hallaba intacto. El "Burgos", era la milicia sagrada, la "guardia imperial" de Maipo. Estaba formado por veteranos de gran talla, de gruesos bigotes grises y largas chuletas, que habían visto las cargas de Bailén y las águilas napoleónicas abatidas. Avanzaban imperturbables, vestidos de brín, cruzado el pecho por las fornituras blancas. En el centro tremolaba la bandera invicta; la bordura roja era como una llama ondulante alrededor del campo de azur, en que resplandecía el simbólico sol de oro. A sus flancos tomaron posición el "Infante Don Carlos", el "Arequipa" y el "Concepción". Ordoñez interrogaba ansiosamente a izquierda y derecha y procuraba penetrar con el catalejo las nubes de humo que envolvían el campo de batalla. Buscaba los cañones que necesitaba para despejar los tres frentes por donde venía el ataque del enemigo; los caballeros que le eran indispensables para sostener la retirada; pero, ¡ay!, los cañones habían sido perdidos y las caballerías corrían dispersas por el valle.

En cambio, todo el ejército patriota se concentraba en la loma y encerraba a Ordoñez en un círculo de hierro. Los cañones de San Martín, con sus atalajes, avanzaban al galope y evolucionaban a la vista de la columna realista, al frente y a retaguardia. Una cortina de fuego envolvía al diezmado ejército español y sólo se interrumpía para dar lugar a los ataques a la bayoneta y a las cargas de caballería. Una

hora se sostuvo el épico combate. Cuando ya no se podía llevar más lejos el heroísmo, Ordoñez formó cuadro con el "Burgos", se colocó en el centro y ordenó estoicamente la retirada hacia el caserío, cuyas paredes, enjalbegadas de cal, brillaban en el bajo, tocadas por el sol declinante. Los batallones se retiraron paso a paso, cara al enemigo, en formación cerrada, llevando dos piezas de artillería, y así lograron llegar a la hacienda de Lo Espejo. Allí se organizó nuevamente la resistencia; Ordoñez emplazó sus dos cañones en el fondo del callejón de acceso y acantonó sus fuerzas en las casas, en los tapiales, en los sotos. Entonces se produjo el desenlace heróico y sangriento: Las Heras rindió al jefe español sobre los humeantes escombros de su último baluarte.

* * *

Cuando recorrí la senda traviesa que lleva a Lo Espejo, evocando las sombras épicas de la batalla, me detuve un instante ante el sitio en que San Martín, sin apearse del caballo, dictó el primer parte de la victoria, y donde el Gran Capitán y el general O'Higgins, que llegó al campo a tiempo de tomar parte en el último acto de la batalla, se dieron el histórico abrazo. En aquel momento el sol del 5 de Abril que San Martín había tomado por testigo de su victoria, se escondía detrás de las cordilleras de la costa y la noche caía sobre el campo de batalla. Un ayudante le trajo la espada de Ordoñez; San Martín la contempló con interés y dijo en voz alta: "Ahora podemos ir al Perú". Tenía razón; Maipo



SANTIAGO. — Claustro del Convento de San Francisco. (Siglo XVII)

acababa de abrir el camino del Perú. ¿Qué mejor comentario de la victoria que estas sobrias palabras del silencioso general?

Todo se perdió en Maipo, exclama Torrente, tan poco dado a esta clase de confesiones. Sí; todo se perdió para España en Chile, en los campos de Maipo; todo... menos el honor y eso que Osorio, el reconquistador de 1814, vió aquel día que se marchitaban sus laureles; pero en cambio, Ordoñez y sus compañeros de la retirada a Lo Espejo, escribieron ese día, una página de melancólico heroísmo en el libro de las glorias militares españolas.

VIII

UN ACTOR DE LOS TIEMPOS VIEJOS

BLASONES DE SANGRE

El nombre de Luis Ambrosio Morante, fué muy popular en Buenos Aires y en Santiago de Chile, en la primera mitad del siglo pasado. No hubo, acaso, en aquellos tiempos, actor que gozara de mayor renombre y fama en ambas ciudades. Ni Cubas, ni Casacuberta, ni Cáceres, ni González, el segundo de Máiquez, obtuvieron más favor del público. Los empresarios se lo disputaban y supo conservar la adhesión de sus admiradores hasta el fin, cuando ya viejo y enfermo, solamente se aventuraba en los papeles de barba.

Morante, además de actor, fué un ingenioso y escénica en los teatros de Buenos Aires y Santiago. Decorado, maquinaria, tramoyas, vestuarios, dieron original director dramático. El introdujo la propiedad vasto campo a su inventiva. Fueron famosas las mutaciones que inventó y realizó, y en cuanto a riqueza y propiedad histórica de indumentaria, las viejas crónicas conservan detalles muy pintorescos. Su tra-

je de Felipe II, en el drama de Alfieri, sus magníficas vestiduras de cardenal, en "El falso nuncio de Portugal", sus ropas talares en "El abate de L'Epée", constituyeron la admiración del público de la época. La espada romana que usaba en las tragedias clásicas, de tal suerte excitó la curiosidad pública, que fué necesario exponerla en una tienda de Santiago de Chile cuando Morante estuvo por primera vez en aquella ciudad.

Era, por fin, Morante, hombre curioso y erudito; además de su lengua materna, dominaba el francés y el italiano; conocía un poco de filosofía e historia; otro poco de música y manejaba la prosa y el verso con soltura, y, a ratos, con verdadero ingenio. Tradujo así las obras más en boga del teatro francés e italiano de principios del siglo XIX, las comentó con curiosas notas, dignas, a veces, de un humanista, les intercaló pasajes musicales de intención interpretativa, y, según lo hacen presumir publicaciones recientes, hasta escribió en verso obras dramáticas originales.

Juan Crisóstomo Lafinur, su amigo y admirador, se hizo lenguas de su ingenio, y en Chile se le tuvo en tanta estima literaria, que a él se le atribuyeron los artículos de crítica teatral que escribió don Andrés Bello, con el objeto de estudiar la labor escénica de los actores chilenos Cáceres y Rivas. Se sabe, por fin, que dejó muchos manuscritos, y hay noticia de una tragedia titulada "Los Templarios", traducida del francés, en verso, e ilustrada con extensas notas históricas.

Don José Zapiola, que fué contemporáneo, camarada y amigo del gran actor, afirma, en la divertida

semblanza que de él trazó, que era natural de Montevideo, y hace una relación muy minuciosa de su vida, viajes y aventuras. El cronista chileno tuvo motivos para conocer el orígen del actor; además de ser su amigo y colaborador, puesto que en diversas ocasiones Zapiola, que era excelente músico, escribió y adaptó pasajes musicales para su repertorio, poseía un manuscrito de Morante, en el cual éste se refería a los días de su niñez y recordaba a sus padres.

Nacido hacia 1785, fué llevado a Buenos Aires, en tierna edad. En esta ciudad se despertó su vocación artística e inició allí su carrera de actor, primero como aficionado en funciones de lance, luego como partiquín del Coliseo, y más tarde como primer actor. Su verdadero maestro fué el actor español Cubas. Este artista fué quien importó a los escenarios del Río de la Plata la noble escuela de Máiquez, de quien había sido compañero y amigo.

Dominaba entonces en las tablas el énfasis, el amaneramiento y el mal gusto, y hacían las delicias del público las comedias de magia, y los estrambóticos dramas de Comellas, que Mesonero Romanos pone en solfa en sus crónicas matritenses. Cubas, que acababa de hacer con Máiquez las grandes temporadas del tiempo del rey José, reveló como, con la naturalidad y el númen personal, era posible subyugar al público, con mayor eficacia que con los gritos destemplados y los frenéticos gestos de los malos actores españoles de principios del siglo pasado.

Cubas impuso además a Morante de la revolución que el gran actor había provocado en los teatros madrileños, en materia de presentación escénica y le hizo conocer el gran repertorio de Alfieri,

Quintana y Ayala. Desde entonces Morante soñó en ser émulo de Máiquez en América y lo fué cabalmente.

A su trabajo de actor agregó el de director de escena, y se convirtió, como ya hemos dicho, en inventor de las más ingeniosas maquinarias y tramoyas. Hizo pintar decoraciones y bambalinas, y organizó cuidadosamente los vestuarios. En la época de Morante, no se vió ya en el teatro a Aristóteles con casaca y peluca de bucles, ni a Polinice con jubón y greguescos.

El repertorio de Máiquez encendió la sangre revolucionaria del actor criollo. Narra el Curioso Parlante, que cada vez que Máiquez se presentaba en el papel de Bruto, en la tragedia de Alfieri, en el de Pelayo, en la de Quintana, o en el de Megara, en "La Numancia", era preciso reforzar el piquete de guardia del teatro, y el alcalde de corte doblaba la ronda de alguaciles. Y en ciertos pasajes, como aquellos en que el actor exclamaba:

"Y escrito está en el libro del destino que
"es libre la nación que quiere serlo

. . . .

"A impulsos, o del hambre o de la espada.
"¡Libres nacimos! ¡Libres moriremos!

estallaba tan frenéticamente el entusiasmo del público que, los soldados de guardia tomaban las armas y el alcalde enviaba a decir con sus corchetes, al gran actor que "mitigase su ardimiento o suprimiese aquellos versos", a lo que él se negaba con altivez. Es pre-

ciso recordar que eran aquellos los tiempos de José I, en que el pueblo español suspiraba por Fernando el Deseado.

También Morante hizo política teatral. Además de la exaltación patriótica que produjo en los públicos del Río de la Plata y Chile con la interpretación de obras de ideología revolucionaria, planteó a menudo conflictos con sus alusiones a la política interna, valiéndole algunos de ellos cárceles y graves riesgos. No fué el menos sonado el producido con motivo de sus picantes alusiones a los conservadores chilenos, llamados en aquella época "pelucones".

Morante, a fuerza de exaltación republicana, llegó a convertirse en un pequeño carbonario, y en Chile, especialmente, dió mucho que hacer y pensar al clero, aunque en sus últimos días, merced al celo del Ilmo. Obispo, Monseñor Vicuña, se reconcilió con la Iglesia y aún murió contrito y sacramentado.

Se hallaba en 1824 en Santiago de Chile, haciendo una temporada en el teatro de la Universidad, cuando llegó a aquella ciudad el Delegado Apostólico, Monseñor Muzzi, a quien acompañaba, como secretario, el canónigo Mastai Ferretti, que luego reinó con el glorioso nombre de Pío IX. La gestión de Monseñor Muzzi en Santiago, como en Buenos Aires ,tropezó con dificultades.

Morante aprovechó la ocasión de la partida del ilustre Prelado, para molestar al clero, y según cuenta Zapiola, desenterró una antigua e ignota comedia titulada "El falso nuncio de Portugal", la armó con gran aparato escénico, al que concurrieron inocentemente las principales parroquias de Santiago, facilitando ornamentos y objetos litúrgicos, y anunció con gran estrépito la obra.

La noche del estreno el teatro rebosaba de público. A Morante se le ocurrió una idea audaz: atravesar la platea caracterizado de Nuncio y seguido de numeroso séquito. Vistió el traje talar y las insignias de Legado, y, acompañado de un brillante núcleo de servidores, recorrió la platea impartiendo bendiciones. Luego subió al proscenio, por la escalera que había sido dispuesta en las candilejas. Pero, hubo algo más picaresco todavía; Monseñor Muzzi tenía un defecto visual; Morante se tapó traviesamente uno de los ojos para hacer aún más viva la caricatura del Delegado Apostólico.

En Abril de 1825, luego de varios años de ausencia, Morante regresó a Buenos Aires. Venía enfermo y pobre. Poco después se le declaró una aneurisma que puso en peligro la vida del actor. Reaccionó de aquel mal, pero sus facultades habían decaído notablemente. Se hizo entonces director de escena y solamente apareció en las tablas para hacer papeles secundarios.

El teatro dramático sufrió en aquellos días la ruinosa competencia del teatro lírico. Angelita Tani, Vaccani y Rosquellas habían traído al Río de la Plata el repertorio de Rossini y Mercadante, y el público se había aficionado demasiado a las arias de "Tancredo", la "Cenerentola", y la "Gazza Ladra", y las echaba de menos en las tragedias que montaba Morante.

El actor se marchó nuevamente a Chile y esta vez no regresó más. La montaña le mejoró el corazón, y con la salud le devolvió sus facultades. Hasta pocas semanas antes de su muerte trabajo sin descanso en el gran repertorio trágico y en el repertorio

moderno italiano y francés, traducido y adaptado por él a la escena española. Murió en Santiago en 1836, casi el mismo día en que su camarada Cáceres fallecía en Valparaíso.

La tradición ha conservado el nombre de Morante y la resonancia de sus triunfos escénicos. La crónica nos ha dejado también un poco la pintura del hombre. Sabemos que la naturaleza fué esquiva con el actor; que era de color moreno, bajo, grueso de cuerpo, de vientre abultado. Poseía, en cambio una voz poderosa y musical; vocalizaba castizamente y hacía olvidar su figura sanchesca, con la naturalidad, la desenvoltura y la elegancia de sus movimientos y gestos. Cuando él trabajaba, el público no echaba de menos la arrogante figura de Cáceres, tan admirada en Santiago y en Buenos Aires, ni la hermosa apostura de Antonio González, el mimado actor de la Casa de Comedias de Montevideo.

Ahora, la historia empieza a descubrir la obra literaria de este curioso personaje, que, como otro actor, cuyo nombre sería irreverente pronunciar, fué empresario, cómico, director de escena, traductor y zurcidor de ajenos dramas y comedias. Solamente que Morante no pasó de ser un mediocre poeta y aquél escribió, en cambio, algunas de las más maravillosas obras producidas por el ingenio humano.

* * *

La crónica santiaguina del siglo XVII está llena de peregrinos sucesos que revelan la complejidad psicológica de la sociedad hispano indígena y la violencia de las pasiones que en ella intervinieron.

En todas las ciudades de la América española anduvieron en aquella época del brazo la lealtad y la traición, el honor y la vileza, la virtud y el crimen, la piedad y el vicio. El inca Garcilaso, en los "Comentarios Reales", relata las más negras historias de asonadas, motines, asesinatos, envenenamientos y sacrilegios. En la Ciudad de los Reyes, en el Cuzco, en Quito, en La Paz, en Potosí, en todas partes, después de las revueltas de los Pizarros, el puñal, el veneno, la emboscada, la traición, dan cuenta de magistrados y generales, magnates y ministros del rey. Nadie tiene allí la vida segura. Cuando la cota de malla, que casi todos llevan puesta, defiende el pecho, la punta de los estoques buscan el cuello o las sienes de las víctimas. Otras veces se echa mano de la ponzoña, "tan cubierta y disimulada", como aquélla que se le dió en un banquete, en la Plata, a Diego Centeno, antiguo compañero de don Pedro de Alvarado, la cual "sin muestra de los accidentes, bascas y tormentos crueles que el tósigo suele causar, lo despachó en tres días". Al corregidor de Charcas, don Pedro de Hinojosa, lo mataron a estocadas en el corral de su casa, lo que dió motivo a muchos asesinatos y muertes en Potosí, La Paz y otras ciudades. Ega de Guzmán fué arrastrado y descuartizado; Vasco Godines, el caudillo que luchó en singular combate en la Pampa de San Clemente con don Pedro de Montejo, fué también descuartizado. Don Baltasar de Castilla, el asesino de Hinojosa, y su sucesor en el poder, halló castigo en el suplicio, y en todas partes no se vió otra cosa que hombres apuñalados o envenenados que morían pidiendo confesión. ¡Felices las míseras ciudades del Plata, don-

de el conquistador no halló oro que encendiera la satánica ambición de riquezas, ni estimulara la traición ni el crimen!

Cuando se revisan los cronicones de Santiago de Chile, se tropieza, en seguida, con aquel don Pedro Lisperguer el Pendenciero, caudillo y jefe de un poderoso bando de familias chilenas, que el día de San Quintín de 1614, al salir de la misa de San Lorenzo por la "puerta del perdón", fué atacado por su rival, don Andrés Ximénez de Mendoza, caudillo del bando contrario, quién le arremetió espada en mano sobre las mismas gradas de la catedral. Se batieron bravamente los dos caballeros, y habiendo acudido los deudos de ambos en socorro de sus jefes, treinta espadas y dagas chocaron en la plaza convertida en arena de combate. El Pendenciero recibió grave herida, pero logró tender a sus pies al rival, que era hombre entrado en años, y al verle desarmado y herido le gritó con desprecio: "Levántate, viejo, que yo no acostumbro matar a rendidos".

* * *

Estos Lisperguer de quienes escribió la terrible historia don Benjamín Vicuña Mackenna, en un precioso libro que es joya de buen decir y de mejor contar, llenaron su siglo con sus hechos y aventuras. Nada faltó en esta familia, cuyos miembros parecen poseídos de una extraña neurosis que por igual los arrastra a los más altos actos de piedad y virtud y a los más bárbaros y salvajes crímenes. Hasta el amor fué en ellos pasión atormentada y cruel. Este mismo don Pedro, según cuenta don Miguel

Luis Amunátegui, se prendó, con amor de Lisperguer, de una niña llamada doña Florencia, hija del oidor de la Audiencia de Chile don Pedro Alvarez de Solórzano. Opuso el padre legítimos reparos a las pretensiones del galán, y, entonces, éste escaló por la noche la morada del oidor y raptó a la niña. Se conmovió la ciudad, el oidor se querelló contra el raptor que fué puesto en prisión, recurrió éste al provisor declarando que entre él y doña Florencia había mútuas promesas de casamiento, y se realizó, quieran que no, la boda.

Don Pedro tuvo dos hermanas, doña María y doña Catalina, de quienes dice Vicuña Mackenna que "con su altivez presidieron su siglo y con sus crímenes lo espantaron". En 1604 la Real Audiencia querelló a estas damas nada menos que por haber intentado envenenar al gobernador de Chile, don Alonso de Rivera. El proceso desapareció, pues el oro de los Lisperguer todo lo podía, pero quedó el testimonio del Ilmo. Obispo Salcedo, quien, en una carta dirigida al fiscal del Consejo de Indias, fechada en Santiago el 10 de Abril de 1634, dice que "Doña Catalina Lisperguer quiso matar con veneno al gobernador Rivera".

El arzobispo de Santiago, Monseñor Errázuriz, en un estudio que hizo hace ya muchos años sobre este extraordinario suceso, afirmó que doña Catalina y doña María habían obtenido ciertas hierbas venenosas de un indio a quién se apresuraron a hacer desaparecer para que después no las fuese a denunciar, y que con esas hierbas procuraron envenenar el agua de la tinaja que bebía el gobernador. Las dos Lisperguer fueron luego acusadas de hechicería,

y las gentes de Santiago se contaron al oído, misteriosas historias y sucedidos que tenían por teatro las nefandas alcobas subterráneas de la casa de la calle del Rey, donde moraban ambas señoras.

Doña Catalina casó con un famoso encomendero y corregidor llamado don Gonzalo de los Ríos y Encío, cuyo hogar estaba también manchado por el crimen. Su madre, doña María de Encío, antigua manceba del conquistador Valdivia, mató a su marido, según testimonio del Obispo Salcedo, a la manera shakespiriana, echándole azogue en los oídos mientras dormía. Y doña Catalina, para no ser menos, siempre según el testimonio episcopal, mató con azotes a una hija bastarda de su marido que éste pretendió incorporar a la sociedad conyugal. De esta alianza siniestra de los Ríos con los Lisperguer nació la terrible mujer a quienes los cronistas de Santiago apellidaron la Quintrala.

* * *

No hay, acaso, en la historia colonial de América, figura femenina que ofrezca más interés que la extraña mujer que llenó con sus hechicerías y sus crímenes la crónica santiaguina de la primera mitad del siglo XVII. En ella se confundieron y predominaron sucesivamente, y aún a veces simultáneamente, la generosidad y la avaricia, el amor y el odio, y casi perpétuamente se vió agitada por la necesidad de matar, ya fuera con el veneno, el puñal o el látigo, que con azotes también supo matar ésta fiera humana.

Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer llegaba

apenas a la edad púber cuando sintió el primer impulso homicida. El Ilmo. Obispo Salcedo escribió al Consejo de Indias estas terribles palabras: "Esta doña Catalina mató a su padre con veneno que le dió en un pollo estando enfermo". Acusada y procesada, los venales jueces adictos a la familia sobreseyeron la causa. El parricidio abrió ancho camino a la neurosis de la Quintrala.

Refiere el mismo obispo Salcedo, acusador de la terrible familia "que doña Catalina mató a un caballero del hábito de San Juan, de cuya muerte conocieron en esta Audiencia; y para moderar la atrocidad del crimen persuadieron a un negro esclavo suyo dijese que él lo había muerto y se condenase, que se darían trazas para librarlo. Murieron las personas que le podían valer, y así ahorcaron al negro por haberse condenado él mismo, y a ella la condenaron con pena pecuniaria solamente.".

Las armas con que la Quintrala castigó y mató a sus criados, esclavos y mitayos fueron el látigo y el cerote ardiendo. Su ingenio de la Ligua fué teatro de las más atroces escenas de odio, furor y locura homicida y en aquellas regiones se mantiene todavía el recuerdo de sus crímenes y se repite que en los días de Animas el fantasma de la feroz castellana recorre los cerros y los bosques aullando como una fiera perseguida.

La Audiencia, horrorizada por los desbordamientos de aquella mujer la llamó por fin a cuentas, la apresó y procesó. Doña Catalina supo comprar con sus riquezas al presidente Meneses, y fruto del cohecho fué que la parricida volviese a morar en su palacio y muriera en su misteriosa alcoba.

Sus albaceas testamentarios tuvieron que rescatar después de la muerte de la Quintrala la vida de sus inumerables víctimas a peso de oro. "Por término medio — dice Vicuña — sus albaceas pagaron a razón de cincuenta pesos el rescate de cada cadáver de indio, y por el doble los de esclavos, macho o hembra".

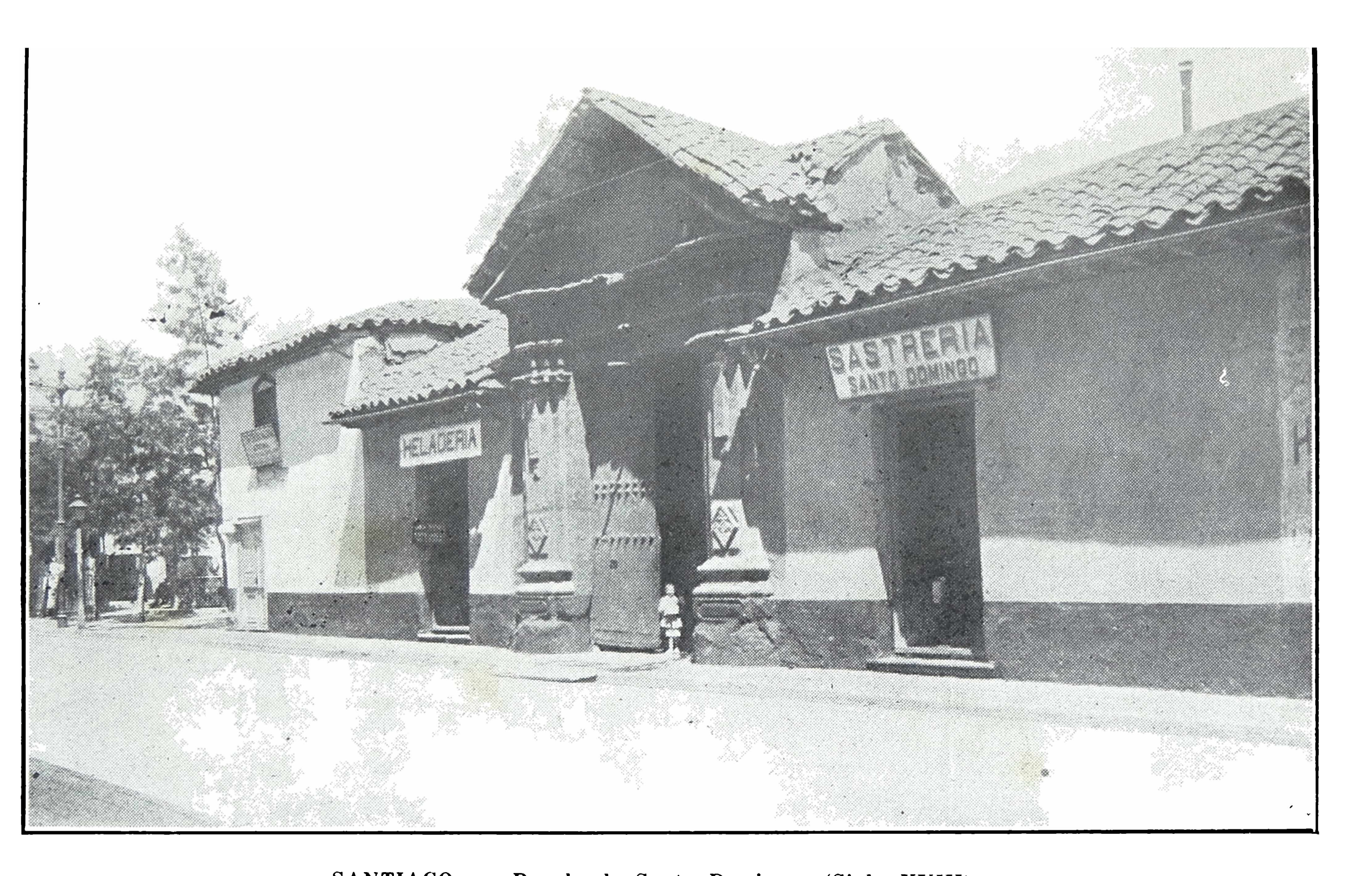
La Quintrala murió el 15 de Enero de 1665 en la casa solariega de la calle del Rey, donde pasó sus últimos años "sola, triste y maldita". Su testamento da fe del lúgubre soliloquio que debió mantener durante sus últimos años, mientras desde el estrado de su sala miraba, a través de los postigos de la ventana, la parda tapia del convento de San Agustín, levantado por sus mayores, y donde moraba aquel Señor de la Agonía, el "Cristo de Mayo", que ella arrojó violentamente de su casa en un arrebato de sacrílego furor.

Es esta tradición popular en Santiago, que aún hoy se repite y confirma. El milagroso Cristo de la Agonía es una imagen de talla que se venera hace más de trescientos años. Según el obispo Villaroel, esta imagen fué esculpida milagrosamente por un fraile predicador que no conocía el arte de la escultura pero que recibió inspiración divina. El terremoto de 1647, que asoló la ciudad, arruinó la iglesia en que se veneraba la imagen, pero ésta quedó intacta en medio de las ruinas, sin más huella de la catástrofe que la corona de espinas hincada en los hombros y el cuello del Señor a guisa de sangriento dogal. El propio obispo Villaroel, yendo descalzo en señal de penitencia, llevó en procesión a la plaza al milagroso Cristo, que luego fué depositado en la mo-

rada de los Lisperguer, fundadores y patronos del convento de San Agustín. Agrega la tradición, y la repite Vicuña Mackenna con mucho calor, que en cierta ocasión el Cristo volvió los airados ojos sobre el rostro de doña Catalina, a causa, sin duda, de sus muchos crímenes y falta de arrepentimiento; la Quintrala, lejos de amedrentarse, se encaró sacrílegamente con el Santo Cristo y exclamó: "Yo no quiero en mi casa a quien me ponga mala cara. ¡Afuera!". Y, realmente, arrojó afuera la imagen taumaturga. El Cristo de la Agonía conserva desde entonces los airados ojos que todos los años, en la procesión de Mayo, llenan de pavor a la multitud.

El testamento de la Quintrala es un arreglo de cuentas con su conciencia. Atormentada por la idea del merecido Infierno, perseguida por el fantasma ensangrentado de su padre y por el espectral ejército de sus demás víctimas, supersticiosa más que religiosa, creyó rescatar su alma, manchada por tantos crímenes, legando sus cuantiosos bienes para funerales, misas y perpetuos sufragios, sin olvidar una rica manda para salvar la sacrílega deuda contraída con el Señor de la Agonía. Además de las misas a perpetuidad por el rescate de su alma, mandó rezar otras, de a veinte mil y más, haciendo de su ánima, como lo dice su cronista, "el más pingüe mayorazgo eclesiástico de los tiempos". Devorada de remordimiento por la sangre vertida, dispuso se rezasen quinientas misas por las almas de los que habían fallecido "en descargo de lo que podía deberles".

El cadáver de la Quintrala fué inhumado en la bóveda sepulcral de los patronos de la iglesia de San



SANTIAGO. -- Posada de Santo Domingo. (Siglo XVIII)

Agustín. Los restos de su padre debieron estremecerse de horror al sentir la proximidad del cuerpo de la parricida.

Este linaje de los Lisperguer produjo, además de los monstruosos personajes cuyos crímenes forman el fondo de aquel siglo trágico que sucedió a la Conquista, capitanes insignes, gobernantes, magistrados y magnates de preclara memoria, mujeres de alta virtud que murieron en olor de santidad, y, luego de mezclar su simiente con todos los linajes chilenos, se extinguió melancólicamente, dejando el recuerdo de su grandeza y de sus tragedias, y aquel dicho popular que habla de la prez de esta familia y que podría servir de divisa a sus armas: "En Santiago el que no es Lisperguer es mulato".

IX

GALERIA DE LA CONQUISTA

LAS TABLAS DE SANGRE DEL PERU

«Era la flor de su juego matar
a muchos sin les tomar confesión».

Dice un antiguo escritor que no sabe si más de cuatro de los conquistadores del Perú, que fueron muchos y muy principales y valientes caballeros, murieron de muerte natural. Los que no quedaron tendidos en los campos de batalla, perecieron por el veneno, el puñal, el garrote, el hacha y aun la horca.

La flor de caballería que vino a la conquista del Perú fué segada por muerte trágica y casi siempre cruel. El códice primitivo de la conquista está miniado con la sangre de los Almagro, los Pizarro y el virrey Blasco Núñez de Vela, y por los innumerables caballeros y soldados que los caudillos de las guerras civiles enviaron al patíbulo. Solamente aquel recio capitán don Francisco de Carvajal, cuya cabeza, con la de Gonzalo Pizarro y la de Hernández Girón, se pudrió en las escarpillas del rollo de Lima, hizo decapitar a más de trescientos hijosdalgo.

Por todas partes, en este terrible siglo XVI, se tropieza con cadalsos y asesinatos, y ello no cesa, ni aun después de que don Pedro de la Gasca hizo la paz de los sepulcros en aquel reino. Pareció entonces que los caballeros se llamaran a sosiego, pero pronto recomenzó la tragedia. Don Francisco de Espinosa y Don Diego de Carbajal, el Galán, fueron ahorcados y hechos cuartos en el Cuzco y sus despojos estuvieron expuestos en los caminos; don Diego Centeno, antiguo compañero de Don Pedro de Alvarado, tomó el agua tófana que una mano "borgiesca" le preparó en un festín que sus amigos le dieron en la ciudad de la Plata; el licenciado Carvajal, que los Carvajales fueron muchos, siendo corregidor en el Cuzco, murió de una mala caída, pues en cierto paso de galantería nocturna, sus enemigos cortaron las cuerdas de la escala por la cual solía bajar del balcón de una casa principal de la ciudad; el licenciado Esquivel, fué muerto en Potosí de una puñalada en la sien que le asestó Fulano Aguirre, de quien fué juez y afrentador; el corregidor y justicia mayor de la Plata, Don Pedro de Hinojosa, fué muerto a estocadas en su propia casa, por los conjurados que elevaron a Don Sebastián de Castilla; y como quien a hierro mata, a hierro muere, Don Sebastián fué apuñalado por Vazco Godínez y Baltasar Velázquez y murió pidiendo confesión, y sin alcanzarla, como le había ocurrido a Hinojosa. Este mismo Velázquez degolló con su espada a Don García Tello de Guzmán, para andar más presto que el garrote, cuyo cordel se cortó. Ega de Guzmán, después de sus malandanzas, fué arrestado y hecho cuartos en Potosí, y lo mismo hicieron

los justicias con Vazco Godínez y con Hernández Girón, el feroz "tirano" en cuyas revueltas perecieron gran número de conquistadores y famosos caballeros. A Martín de Robles, que ya de tan anciano que era no podía llevar la espada al cinto y la hacía conducir por un escudero indio, lo mandó matar, por un mal dicho, el licenciado Altamirano, cuando éste fué de corregidor a la ciudad de la Plata; y si fuera menester enumerar todas las ejecuciones y asesinatos de aquel siglo, no cabrían en muchas páginas, tan presta anduvo la mano del conquistador para escribir las tablas de sangre del Perú. Y para que nada falte en estas trágicas historias, hasta en la agonía de alguno de los cuatro conquistadores que, como recuerda el antiguo cronista, murieron de muerte natural, hubo extrañas ocurrencias.

* * *

No pasó esto con Don Lorenzo de Aldama, ni con Don Juan Julián de Hojeda, pues ambos murieron tranquila y cristianamente en sus lechos; ni con Don Garcilaso de la Vega, que murió anciano y venerado por todos, luego de larga enfermedad que lo postró después de darle alza, hasta permitirle calzar armas y cabalgar, que no parecía entonces enfermo, sino tan fuerte y bizarro como cuando partió a la conquista de la tierra de Buenaventura, que en ella halló malaventura, como donosamente lo dice su hijo, el Inca, y cuando combatió junto al apóstol Santiago, que apareció a su lado, resplandeciente, cubierto de armas y a caballo, y lo condujo a la victoria.

El caso ocurrrió con el mariscal Don Alonso

de Alvarado, antiguo corregidor y justicia mayor de todas las provincias y capitán general de las mismas, donde dejó fama de juez, "severo y riguroso", pues condenó al garrote, a la horca y al tajo a cuanto mal vasallo de su majestad halló en aquellos vastos dominios, limpiando así de tiranos, la ciudad de La Paz, que fué su asiento, el Potosí y la Plata. Decía este juez que era más prudente condenar a la horca que a galeras, pues era cosa muy prolija enviar estas gentes a España, que las más se huían, como sucedió con una cadena de ochenta y seis galeotes, de los cuales solamente uno llegó a Sevilla. Cuenta el cronista, que cada día, luego de condenar a muerte a cinco o seis soldados, "se iba el juez desde la cárcel hasta su casa, riendo y chuflando con su teniente y fiscal, como si los condenados fueran pavos y capones para algún banquete."

Esto valió al fiscal el nombre de Nerón y el temor de muchos; pero todo ello no evitó la rebelión de Hernández Girón, ni mucho menos que éste lo derrotase en la batalla del Chuquinca. La melancolía se apoderó del mariscal desde el día de esa derrota, y fué languideciendo sin que se le viese ya reír ni tener reposo. El mal le fué secando como planta sin riego, hasta que se creyó llegado el momento de la muerte.

Este esforzado caballero era del hábito de Santiago, y a punto de expirar, fué extendido en el suelo, como lo manda la regla de la Orden, sobre un repostero, en el cual se había hecho una cruz de ceniza; pero aquel cambio dióle nuevos alientos, y fuerza fué pasarlo nuevamente al lecho, visto que volvía a la vida y mejoraba. Y como tornase de nue-

vo a boquear, de nuevo fué tendido en el repostero, y de éste se le pasó a la cama por dar nuevas señales de vida, y así muchas veces durante los cuarenta días que duró esta lucha entre la vida y la muerte, hasta que ésta triunfó sobre el ya descarnado cuerpo de Don Alonso.

Así concluyó sus días el gran justicia del Perú, que no parece sino, que las almas en pena de los muchos que mandó al cadalso, se congregaran en el lecho de agonía del mariscal para jugar a aquel macabro juego del repostero y prolongar la congoja del moribundo.

De todos estos sucesos y otros muchos que, a veces, parecen cosas de imaginación, de tal manera es novelesca la vida y la muerte de estos caballeros, dan menuda cuenta las antiguas historias del Perú, y, muy especialmente, aquellos inimitables libros del Inca, que se leen con el mismo picante interés que despierta una colección de viejas estampas grabadas en cobre por el buril de un gran artista.

LA REVUELTA DE HERNANDEZ GIRON

«Vide a Francisco Hernández en la sala que sale a la calle, sentado en una silla, los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja, más suspenso e imaginativo que la misma melancolía.»

El 13 de Noviembre del año de Nuestro Señor de 1553 se celebraron solemnemente en el Cuzco

las bodas del alto y rico caballero de la ciudad don Alonso de Loaysa, sobrino del ilustre arzobispo que este linaje dió a la ciudad de los Reyes, con doña María Castilla, rica hembra del Perú, hija de un noble caballero de Badajoz llamado don Nuño de Tobar, y sobrina del conquistador don Baltasar de Castilla.

Acudieron a las bodas los principales caballeros y damas de la ciudad luciendo sus más ricos arreos y galas, seguidos de indios y criados que formaban séquito y concurso a sus señores. Luego que los novios fueron velados en la iglesia, se congregaron todos en la morada de Loaysa, que era casa fuerte, y estaba situada en una estrecha calle próxima a la plaza. En las amplias salas se hallaban dispuestas las mesas del banquete nupcial: una para las damas, y otra para los caballeros, que así era costumbre en aquella época. Sentáronse todos a la mesa, presidiendo, la de las damas, la desposada y la de los caballeros, el corregidor de la ciudad, quien tenía a su vera al señor de Loaysa. Sirviéronse manjares de carne de res y ave, aderezados con especierías, y escanciáronse generosos vinos traídos de Málaga y Jerez, y luego del convite, varios caballeros diéronse en la estrecha calle, con gran contento del concurso y de la chusma indígena, a correr alcancías que es un juego en el que los jugadores, jinetes en briosos corceles se lanzan unos a otros bolas huecas de barro endurecido las cuales al estrellarse contra los escudos de los caballeros se rompen y arrojan la ceniza o las flores de que están llenas.

Terminados estos y otros juegos, ya muy tarde de la noche, y antes que partido hubieran los no-

vios, el concurso, mayor a aquella hora, nuevamente se sentó en el mismo orden a las mesas del banquete donde se sirvió una opípara cena. Más de sesenta caballeros ocuparon la mesa presidida por el corregidor, dispuesta en la gran sala baja que daba sobre la calle, y otras tantas damas llenaron la otra mesa dispuesta en otra sala, separada de aquella por la cuadra donde se preparaban los manjares y donde se partían las viandas. La flor y nata de la caballería del Cuzco estaba allí congregada. El tío de la novia don Baltasar de Castilla, hacía de maestresala, y en los sitios de honor se hallaban Vasco de Guevara, Diego de los Ríos, Rodrigo de León, Gerónimo Costilla, Juan Alonso Palomino, Pero López de Casalla, Garcilaso de la Vega, los Quiñones, los Escalantes y muchos otros señores, conquistadores y magnates del Reino.

Llegaba la cena nupcial a su término cuando se oyeron golpes dados en la puerta de la sala del banquete que caía al zaguán y detrás de ella se anunció don Francisco Hernández Girón y su gente. El maestresala, al reconocer la voz del caballero, preguntó a tiempo que mandaba abrir la puerta:

— ¿Tan tarde aguarda vuesa merced a hacernos merced?

Don Francisco penetró en la sala con la espada desnuda en la diestra y la rodela en alto en la siniestra, seguido de dos caballeros que blandían sendas partesanas. Aterrados los comensales se pusieron de pie para huir, que conocidas eran las malas artes y entrañas del de Hernández, pero éste a grandes voces, exclamó:

—Esténse vuesas mercedes quedos, que esto por todos va.

Huyó el corregidor y los que junto a él estaban por la puertas interiores que hallaron cerca y se refugiaron unos en las salas de las damas, y los otros en las casas vecinas, pero los que estaban junto a los asaltantes quedaron suspensos, aterrados y a merced de ellos. Cinco heridas mortales postraron a Juan Alonso Palomino, a tiempo que Gerónimo Costilla caía también manchando con su sangre los manteles. Juan Morales creyó salvarse y salvar a los demás apagando los candelabros; no lo logró completamente, y a la luz de una vela que quedó encendida, fué asesinado por los conjurados. Uno de ellos le dió en la boca con la partesana de modo que le abrió ambas mejillas y otro le hundió el estoque en el corazón. Así quedó la sala del banquete salpicada con la sangre de los desventurados caballeros.

Dirigióse en seguida Hernández Girón a la sala de las damas donde se había refugiado el corregidor, a quien buscaba, y luego de echar abajo las puertas, allí le prendió junto a la aterrada novia, dando primero palabra de que no le mataría. Fuése después Hernández Girón con los suyos a la plaza, y aunque en esto hay contradicción, dijeron los más que allí dieron los revoltosos gritos de libertad, levantaron picas y arcabuces, enarbolaron bandera, y el «tirano», como le llaman los cronistas, «mandó dar bando que, so pena de la vida todos acudiesen a la plaza».

Así terminaron aquellas trágicas bodas y así comenzó la sedición de aquel mal vasallo de Su

Majestad que por más de trece meses conmovió al Imperio.

* * *

El «tirano» libertó a los presos de la cárcel, hizo matar alevosamente al contador Juan de Cáceres y a don Baltasar de Castilla, el padrino de la boda , organizó su ejército, se atrajo a las ciudades de Arequipa y Huamanga, y se hizo nombrar por Cabildo abierto procurador, capitán general y justicia mayor de todo el Reino.

Organizaron los oidores de Lima la guerra contra el «tirano», nombraron sus generales, apercibieron sus ejércitos, y luego de muchos sucesos y hechos de armas en que murió mucha gente y muy principal, dieron gran batalla contra Hernández Girón. Ganó éste, pero vuéltosele que hubo la suerte quiso dar nueva batalla y la perdió, y tuvo que huir, solo y abandonado de los suyos, hasta que cayó en manos de los soldados de Su Majestad, quienes le pusieron hierros y con gran acompañamiento y muestras de júbilo le llevaron a Lima donde fué ajusticiado.

Sacáronle a ajusticiar a mediodía, dice el cronista, arrastrado, metido en un serón atado a la cola de un rocín y con voz de pregonero que decía: «Esta es la justicia que mandó hacer Su Majestad y el magnífico caballero don Pedro Portocarrero, maestre de campo, a este hombre, por traidor a la corona real y alborotador de estos reinos, mandándole cortar la cabeza por ello y fijarla en el rollo de esta ciudad, que sus casas sean derribadas y sembradas

de sal, y puesto en ellas un mármol con un rótulo que declare su delito».

* * *

Y así como en el prólogo de esta trágica historia de la revuelta de Hernández Girón el amor anda mezclado con la muerte, también en su epílogo hubo amor y muerte, que no parece sino que estos fueran inseparables en aquellos peregrinos sucesos del Perú.

La esposa del «tirano», doña Mencia de Almaraz, que era mujer de alta alcurnia, luego de ajusticiado su marido, se retiró a un convento de Lima donde hizo vida ejemplar.

No fué ello obstáculo para que un devoto caballero, llamado Gómez de Chaves, oriundo de ciudad Rodrigo, muchos años después de estos sucesos, hiciera por doña Mencia algo que nadie antes que él se había atrevido a hacer.

Ello era que en el rollo de la plaza de Lima se mantenía expuesta la cabeza de Hernández Girón, junto con las de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal, para ejemplo y escarmiento de rebeldes y contumaces. Don Gómez se propuso quitar de la picota aquel despojo que proclamaba el oprobio de Hernández Girón, y cierta noche, con un su amigo, se encaminaron a la plaza y, colocando una escalera junto al rollo, bajaron la cabeza que pendía de la primera escarpia con que toparon. Y como fuera ella la cabeza de Carbajal, bajaron otra, que resultó ser la de Pizarro. Bajaron por fin la tercera que era la de Hernández Girón, y como la tres cabezas

estuviesen abajo, creyeron ver en ello cosa de predestinación, y, santiguándose, se fueron con los tres macabros despojos y los enterraron en un convento de la ciudad, sin que hasta hoy se sepa donde.

Si el de Chaves ejecutó su obra de piedad con valentía, mayor sigilo puso en ello, pues nadie le descubrió. Solamente doña Mencia supo la verdad de lo acaecido, y hasta su muerte, que ocurrió muchos años después en Lima, encomendó constantemente en sus oraciones al cristiano y valeroso caballero.

Y así terminó este drama del que hablan largamente las crónicas de la conquista.

LA AFRENTA Y VENGANZA DE FULANO AGUIRRE

El año de gracia de 1548, salieron de la real villa de Potosí, para la conquista del reino de Tucumán, más de doscientos soldados. Entre ellos, iba este Aguirre, de quien la historia no recuerda el nombre, pero de quien se sabe que fué hijodalgo, hermano de un alto señor, que tenía numerosos vasallos, y guerrero él, esforzado y bien quisto entre los conquistadores del Perú.

Fulano Aguirre, al igual de sus compañeros, cargó, al partir de Potosí, con dos indios, cosa entonces prohibida por las audiencias y habiendo sido visto por el alcalde mayor de la ciudad, que lo era el licenciado Esquivel, este ministro de justicia, que dejó pasar a sus compañeros, puso mano sobre él, le envió a la cárcel, y, luego, por no poder el cuitado redimir

con dinero su falta, le condenó a la infamante pena de doscientos azotes.

Reclamó Aguirre; se mantuvo inflexible el alcalde, y, entonces, suplicó aquél a su juez que no le infamase, que en lugar de azotes le mandase ahorcar, para lo cual renunciaba a su privilegio de hijodalgo. El licenciado, lejos de enternecerse ante este rasgo de pundonor del cautivo, ordenó que la sentencia se ejecutase en seguida.

Gentes principales de la ciudad pidieron al alcalde que no llevara más allá el castigo; pero el licenciado solamente concedió que se suspendiese por ocho días el cumplimiento de la sentencia. Llevaron la noticia a Aguirre, que ya se hallaba desnudo y puesto sobre la bestia en que había de pasear por la ciudad su ignominia y, al escucharla, exclamó: "Yo andaba por no subir en esta bestia, ni verme desnudo como estoy; mas, ya que hemos llegado a ésto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados". Y dicho ésto, azuzó la cabalgadura y echó calle afuera, precedido por el pregón.

Así fué afrentado Fulano Aguirre, por el licenciado Esquivel, alcalde mayor de la real villa de Potosí.

* * *

Desde aquel día, la vergüenza, el odio y la venganza tomaron aposento en el corazón del soldado. Ni fué a la conquista de Tucumán, ni aceptó las dádivas que les fueron ofrecidas, ni halló idea consoladora, como no fuera la de la muerte. Esperó, triste y paciente, a que el licenciado Esquivel abandonara la

vara de justicia, y, cuando esto acaeció, se dió a la empresa de matarlo.

El licenciado puso entre él y Aguirre, montañas, torrentes y distancias, pero tras él marchó el vengador, a pie y descalzo, pues decía "que un azotado no había de andar a caballo, ni parecer donde gentes lo viesen". Primeramente caminó trescientas veinte leguas hasta Lima, donde se había refugiado Esquivel; huyó éste a Quito, pero a los veinte días de estar allí el licenciado, Aguirre descendía a pie la senda del Pichincha, y entraba en la ciudad, después de cuatrocientas leguas de marcha. Partió el licenciado para el Cuzco, quinientas leguas al sur, y, a poco de llegar, ya estaba allí Aguirre. Tres años y cuatro meses anduvieron el licenciado y el vengador a través de montañas y abismos, hasta que el de Esquivel decidió quedarse en el Cuzco, donde a la sazón hacía justicia un magistrado que era la estampa del rigor y a quien todos temían.

Se aposentó el licenciado en una casa que daba su frente a la Iglesia Mayor, y se dió a vivir en el retiro, sin más amigos ni recreo que sus códigos y pragmáticas. Creyó el buen licenciado que los fuertes herrajes de la puerta de su morada, la cota de malla que llevaba bajo el sayo, la espada y la daga que siempre tenía prestas, y, sobre todo, el terror que imponía el justicia mayor de la ciudad, le defenderían contra Aguirre. Así es que se sintió seguro, vivió tranquilo y despreció las advertencias de quienes le hablaron del soldado.

Pero el vengador no cejaba en su empeño. Un lunes, a medio día, se introdujo en la morada de Esquivel, y la recorrió desde la cuadra a la sala, en bus-

ca de su morador. Le halló al fin dormido sobre un infolio (que era hora de la siesta), en la recámara donde estaba dispuesta la librería. Se aproximó Aguirre a su afrentador y le mató dándole una puñalada en la sien derecha. Tres veces quiso luego hundir la daga en el cuerpo del licenciado; pero la cota rechazó la punta del puñal y éste sólo hirió al sayo.

Obtenida su venganza que era lo que le encendía el ánimo, Aguirre perdió el seso y ya no supo qué hacer. Pudo asilarse en la Iglesia Mayor que estaba frente a la casa del licenciado, pero parece que no le pasó ello por las mientes y siguió calle abajo, hacia el lado del monasterio de las Clarisas.

Atontado iba Aguirre cuando tropezó en la plazuela del convento con dos caballeros a quienes sólo atinó a decir: "Escóndanme". Adivinaron los tales la causa del desmayado ánimo de Aguirre, que era público en el Cuzco el propósito del vengador, y le llevaron a cierta casa de un su tío, donde le encerraron en una zahurda del corral que servía para guardar marranos.

Le tuvieron allí cuarenta días escondido, y durante este tiempo, le dieron de comer trozos de pan y carne, que los caballeros guardaban disimuladamente en las faltriqueras al estar a la mesa, y que luego llevaban al cuitado fingiendo ir a la zahurda a "la provisión natural".

Entretanto, el justicia mayor, al saber la muerte del licenciado, mandó poner guardas en las puertas de las iglesias y conventos y ordenó que nadie saliese de la ciudad sin licencia. Treinta días duraron los registros y diligencias de la justicia, y, co-

mo no apareciese Aguirre, el celo fué enfriándose y no quedaron al fin más que los guardas de los caminos reales.

* * *

Creyeron llegado el momento los amigos de Aguirre, que se apellidaban Santillán y Cataño y eran gente superior, de poner en salvo al infeliz, y, para ello, idearon una singular treta. Le raparon el cabello y la barba, y, poniendo en remojo en un barreño una fruta que los indios llamaban "vitos", la cual, echada en agua, a los tres o cuatro días suelta un tinte que aplicado a la tez la tiñe de negro sin que desaparezca el color antes de diez días, pintaron con esta agua el rostro y toda la parte visible del cuerpo de Aguirre y, de blanco y europeo que era, lo dejaron convertido en negro africano. Vistiéronle luego a esa guisa, y cierto día, a plena luz, salieron con él por las calles de la ciudad camino del campo.

Cabalgaban los caballeros a la manera de los que van de caza, y, delante de ellos iba el fingido negro, a pié, llevando al hombro el arcabuz de uno de sus pretendidos amos. Así llegaron hasta donde estaban los guardas del camino, quienes los detuvieron y les pidieron la licencia del corregidor para salir de la ciudad. Fingió uno de los caballeros olvido del documento y dijo que se volvía a buscarlo, y que avanzara poco la compañía, que él los alcanzaría; y así fueron burlados los guardas.

Siguió caminando el otro caballero con el falso esclavo y se pusieron bien luego fuera de la jurisdic-

ción del Cuzco. Entonces, el piadoso caballero compró un rocín, se lo dió a Aguirre con su bolsa, y le despidió con estas palabras: "Hermano, ya estáis en tierra libre, y podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos". Dió Aguirre las gracias a su libertador con lágrimas de gratitud y conmovidas palabras, y, mientras éste regresó al Cuzco, él se fué a Huamanga, donde tenía un pariente que era alto señor de la ciudad, quien lo recibió con mucha caridad y agasajo y, luego de hospedarlo en su casa, le dió con creces cuanto le era necesario para volverse a sus tierras.

Y ésta es la glosa de una de las muchas y peregrinas historias que, con mayor donaire y más galano decir, cuenta el Inca Garcilaso en el libro sexto de los "Comentarios reales".

UN DICHO DE MARTIN DE ROBLES

> "Tenía por menos pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo dicho a su tiempo y coyuntura, y así perdió el triste la vida por ellos"

Este Martín de Robles, es de los conquistadores del Perú que alcanzaron más larga vida, aunque si llegó a la vejez, fué para verla afrentada, al fin, con la horca.

Capitán del visorey Blasco Núñez de Vela, traicionó a su señor y se dijo que fué él quien lo entregó a Gonzalo de Pizarro y que así, la sangre de aquél,

cayó sobre su cabeza. Cuando vino el presidente La Gasca, de Panamá, abandonó a Pizarro y se pasó a las nuevas banderas, donde encontró a su amigo el capitán Pablo de Meneses, a cuyo lado combatió en la batalla de Xaquixaguana. El presidente premió sus servicios con un rico repartimiento y una fortuna en ducados, con lo que, ya viejo, se retiró a la ciudad de la Plata, en los Charcas, de donde fué vecino principal.

Martín de Robles era hombre de ingenio y de carácter zumbón; sus hazañas en Indias corrieron, de corregimiento en corregimiento, junto con sus agudos dichos, que a veces fueron más que agudos y aún concluyeron por volverse contra él, como se verá más adelante.

Cuando se le ofrecía un dicho, no paraba mientes en la jerarquía de a quien iba dirigido y, en su tiempo, se dijo que, el mismo Rey, a habérsele ocurrido al de Robles, habría tenido que oir sus agudezas y donaires. No eran todos estos de buen jaez y razón es ello de que, el buen Inca, los calle por indignos de quedar escritos. Pero advierte que los famosos dichos del conquistador no perdonaban amigo alguno, por muy amigo que fuese, ni aún a su propia mujer, que era señora principal y se llamaba Doña Juana de los Ríos.

Muchas amarguras pasó el de Robles y muchos peligros afrontó también por la libertad de palabra que usaba, sin cuidarse de quien lo oía y a quien iba dirigido lo que él creía donaire y fruto de ingenio, pero había en esto algo como de irresistible vocación por que, a las advertencias de sus amigos para que no se malquistara con la gente, respondió siempre

que "él tenía por menor pérdida la de un amigo que la de un dicho gracioso y agudo, dicho a su tiempo y coyuntura".

* * *

Estos conquistadores del Perú tenían en la sangre la fiebre de la guerra y de las aventuras; no sabían vivir en paz, ni toleraban que se les enmohecieran las armaduras, ni perdieran su filo las espadas. Cuando no había pelea con indios o tierras que ir a descubrir, se tornaban sombríos y, de esta hipocondría, brotaban disputas, duelos y reyertas, se formaban bandos, se venían a las manos, y corría la sangre, y se levantaban cadalsos, y se alzaban banderas de guerra.

Los antiguos capitanes de la conquista concluyeron por convertirse en condotieros y formar bandos de mercenarios dispuestos a tomar partido con la promesa del saqueo y de los repartimientos de los señores en lucha. Estos bandos andaban prestos en presentarse donde se les llamara siempre que hubiera botín, y cuando no hallaban empleo, se daban a fraguar intrigas con el fin de indisponer con ellos a los vecinos de las ciudades entre sí, inducirlos a la reyerta y sacar de ella provecho.

Así ocurrió en La Plata cuando vivía allí Martín de Robles y vino de corregidor de los Charcas su amigo y compañero Pablo de Meneses. Había llegado el de Meneses al Perú con el Presidente La Gasca al frente de su compañía y, junto al de Robles, habían combatido en la batalla de Xaquixaguana contra el "tirano" Gonzalo de Pizarro, como consta en

la información de méritos y servicios del Capitán Juan Gregorio de Bazán. El presidente premió a Meneses, al par de su amigo, con un repartimiento y otros dones, y Su Majestad le dió, luego de sus dilatados servicios, el gobierno del Corregimiento de los Charcas.

Los ociosos soldados dieron en indisponer a los dos principales señores y echaron para ello a correr calumnias que lastimaban el honor de Martín de Robles y dejaban mal parada la lealtad del corregidor, lo cual fué lugar a disputas y preparativos de riña, con lo que los mercenarios cobraron grandes esperanzas de guerra y próximo botín.

Mas, la amistad evitó todo lance, pues los dos amigos, con el fin de destruir la calumnia, convinieron en que Pablo de Meneses se casaría con la hija de Martín de Robles. El novio pasaba de los setenta años y la niña aún no tenía siete; pero ello no fué motivo para que no se celebraran los esponsales y se hicieran las capitulaciones matrimoniales, en las cuales, el de Robles se obligó a dar a Meneses treinta y cuatro mil castellanos cuando la novia cumpliera los doce años.

Quedaron así, burlados y coléricos, los soldados y más, cuando sobre su docepción, llovieron los dichos de Martín de Robles, cuyo buen humor se desató contra amigos y enemigos. "Qué os parece, decía, destos mis amigos y enemigos cómo han quedado hechos matachines", y otras lindezas que por poco le cuestan caras.

Este peregrino casamiento, no pudo al fin ser consumado, por cuanto Pablo de Meneses falleció antes que la novia cumpliera la edad legal; más

dueña entonces la viudita del repartimiento de su marido, encontró un nuevo galán y se casó con un deudo del mismo Meneses, y de su mismo linaje llamado don Bernardino, mozo de veinte años, lo que fué, como se dijo picarescamente, "trocar la caldera vieja por otra nueva".

Había venido, poco antes de estos sucesos, a la Plata, el general Don Pedro de Hinojosa con el título de corregidor y justicia mayor y, viendo tanto hombre de armas ocioso y sin destino, pidió a los dos amigos alojamiento y prest para aquellos. Robles se negó a ello y contestó al requerimiento con un retruécano, y aún no cesó en hacer zumba de Hinojosa. Pero cuando se percató de que los soldados se conjuraban para matar al corregidor, se lo dijo sin tardanza y le aconsejó que se apercibiera, lo que no quiso hacer Hinojosa, de lo cual sucedió la tragedia que elevó a Don Sebastián de Castilla a su efímero gobierno de la Plata.

El día en que los conjurados penetraron en la mansión del corregidor Hinojosa, y le mataron a estocadas sin concederle confesión, que el cuitado pedía a voces desde el suelo, Martín de Robles tuvo que huir en camisa por los corrales de su casa, pues los soldados fueron a matarle y, como no le hallaron robaron cuanto allí había. Meneses huyó también y los dos viejos capitanes se unieron a las tropas del Rey cuando los conjurados mataron a Don Sebastián de Castilla y levantaron a Vasco Godinez.

Combatieron luego los dos amigos contra el tirano Hernandez Girón y Martín de Robles fué herido en la batalla de Chuquinca, por lo que se retiró

a la Plata, donde vivió desde entonces venerado y respetado de todos. Era ya tan viejo que no tenía fuerzas para llevar la espada al cinto y no podía andar sin escudero.

Llegó en esto al Potosí el licenciado Altamirano, oidor de la real cancillería de Lima que traía título de corregidor de los Charcas y, apenas tomó la vara, apresó a Martín de Robles y, sin abrirle proceso, le colgó de la horca, en la Plaza Mayor, con pena y pasmo del vecindario.

Disputan los cronistas sobre la causa de este ajusticiamiento, en que no hubo justicia; pero Garcilaso dice la verdad cuando afirma que el licenciado cumplió órdenes del Virrey, quien se hallaba agraviado por un dicho de Martín de Robles. Y ello fué que habiendo el visorey, Don Andrés Hurtado de Mendoza, omitido el tratamiento de los señores principales del imperio y, siendo llegadas cartas en esta forma para el corregidor de los Charcas, el viejo capitán dijo, delante de mucha gente, refiriéndose al visorey: "Déjenlo llegar que acá, lo enseñaremos a tener crianza".

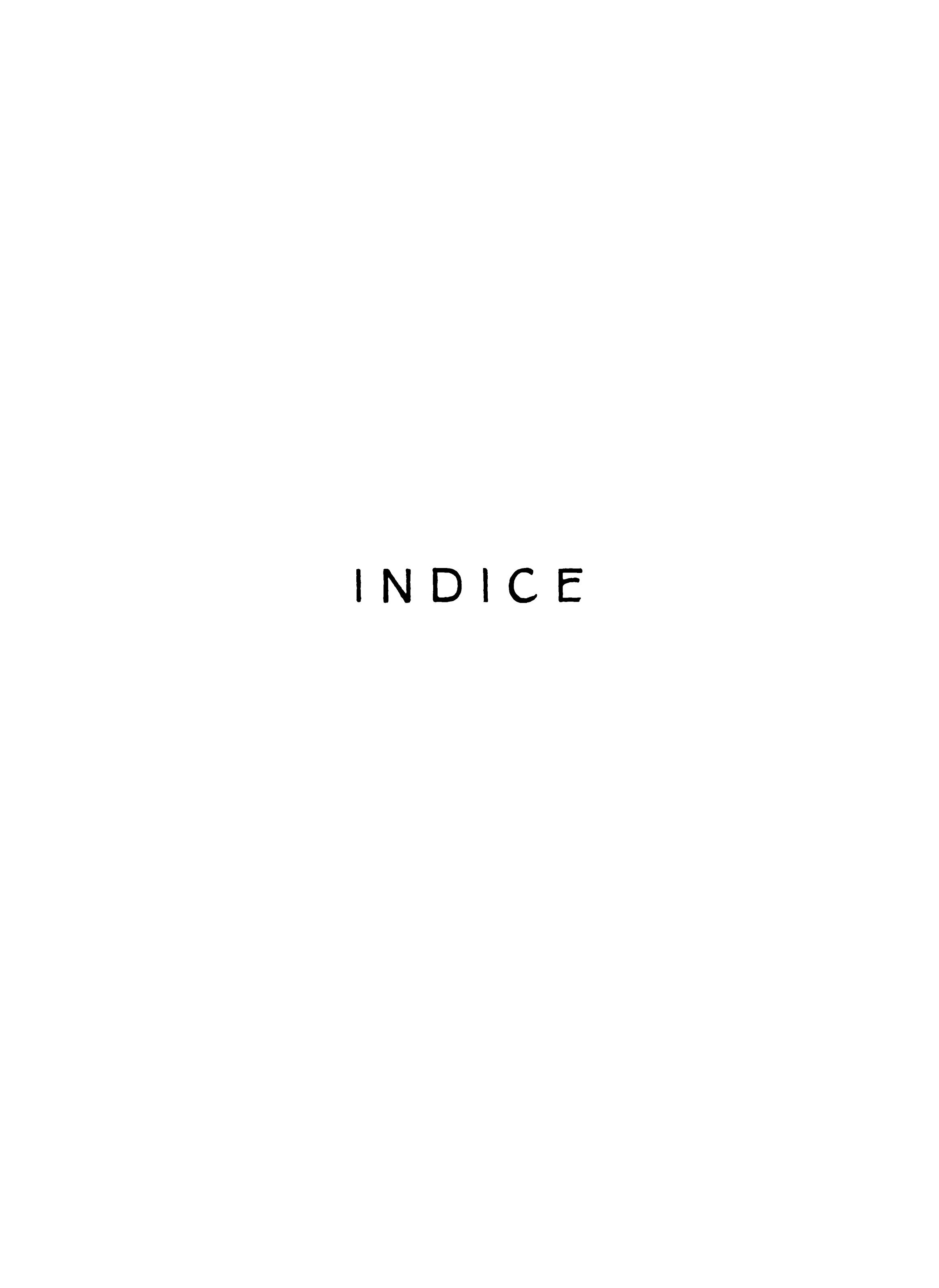
No hubo ocasión de que Martín de Robles viese llegar al visorey, pues, como se ve, su corregidor lo colgó, sin proceso, afrentando así su vejez y su linaje.

Esto pasó el día 22 de Octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1556, y ese mismo día, como menudamente lo narra Don Gerónimo de Costilla en su carta al Virrey del Perú, el implacable corregidor secuestró los indios y haciendas del ajusticiado, que fué como dejar en la miseria a su viuda, Doña Juana de los Ríos.

Dos años después, ésta recurrió ante la audiencia de Lima para obtener justicia y la restitución del secuestro, y, en 1560, logró sentencia, por la que se ordenó la devolución a la recurrente del repartimiento y réditos a partir del día del fallo. Cuando llegó esta noticia, Doña Juana había enloquecido, que motivo tenía para ello, y estaba "furiosa", como lo dice el cronista en su informe, y preciso fué nombrarle curadores, quienes apelaron de la sentencia ante Su Majestad y obtuvieron del Rey, letra absolutoria de todo crimen para Martín de Robles y orden de liquidar, a su viuda, los réditos, desde el día del despojo, debiendo todo ello recaer en Doña María, su hija y viuda de Pablo de Meneses cuando Doña Juana falleciera.

Y como esto se produjo de allí a poco, Doña María de Robles reunió al repartimiento y haciendas de su primer marido, el de su padre, con lo que constituyó uno de los más ricos patrimonios del Perú, de lo que mucho se holgaron ella y su nuevo marido Bernardino de Meneses.

Y he aquí como fué restablecida la honra de Martín de Robles, ya que no pudo devolvérsele la vida que, ésta, como lo dice el cronista, la perdió, el triste, por un dicho.



INDICE

INDICE



EDITORIAL DON BOSCO